
SS
SERVICIO
SECRETO
J. DIXON
REMITENTE, LOS
ANGELES

REMITENTE, LOS ANGELES



J. DIXON

Remitente, los Angeles

1.ª EDICION
NOVBRE.-1951

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2 - T. 284453 BARCELONA (6)

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO I

El Bowery se encontraba en plena animación. Para aquel barrio turbio de Nueva York, la noche era el momento en que todo el mundo salía a la calle y llenaba los bailes públicos, los teatruchos de variedades o los centros de boxeo y de lucha libre.

Otros paseaban por la calle, entrando y saliendo de los bares, en los que una pianola mecánica animaba a la clientela. Algunos grupos de jovenzuelos de ambos sexos, que no tenían dinero para entrar en ninguna parte, bailaban desesperadamente en plena calzada, dificultando el tráfico callejero.

Hombres que vendían objetos robados se acercaba a los transeúntes o clientes de un bar, con aspecto adinerado, y mostrándoles un reloj o una pluma, murmuraban:

—¿Me lo compra, compañero?

La música de los bares y de los salones de baile se esparcía por todas partes entro las luces del alumbrado público, convirtiendo el Bowery en un torbellino de luces y de notas estridentes.

Algunos salones de atracciones mostraban al público, sus anuncios luminosos. En ellos se encontraban máquinas tragaperras, otras para probar la fuerza, y algunas que expendían chocolate. También había puestos de tiro al blanco, llenos de muchachos que soñaban con imitar a Richard Windmarck.

Las voces de los anunciadores llenaban aquella inmensa sala, mientras los policías paseaban por allí, procurando no perder de

vista a los más sospechosos.

Cuando los guardias eran los de costumbre en el barrio, nadie les prestaba atención. Pepo si estos eran nuevos, el temor de una redada hacía que todos se mostraran recelosos. No era la primera vez que esto ocurría ni tampoco sería la última. Cada vez que ocurría algún crimen por la ciudad o que se descubría algo sospechoso, el Bowery se llenaba de policías que pedían la documentación a todos los que por allí pasaban, y a los que no conseguían aclarar su situación los cargaban en un coche celular, llevándoselos a la jefatura. Allí debían justificar lo que hacían, dónde estaban en el momento del crimen, y a qué se dedicaban. Esto último era lo más difícil de solucionar.

El Bowery, como todos los barrios turbios de todas las grandes capitales del mundo, contaba con un núcleo de población que trabajaba y podía acreditar su situación, pero también poseía un extenso número de habitantes, accidentales en su mayoría, que no tenían ocupación fija y que carecían de fuente de ingresos. Sin embargo, vivían y podían divertirse. Cuando se les preguntaba, afirmaban estar buscando trabajo. Vagabundeaban por las salas de atracciones, por los gimnasios, y por los bares, en ocasiones sin un centavo y en ocasiones con mucho dinero. Nadie les preguntaba allí de dónde lo sacaron porque a nadie le importaba, y también porque era peligroso hacer preguntas indiscretas.

En la sala de atracciones «Sport Paladium», un hombre joven, de buena presencia, pero mal encarado, con una barba de dos días y vestido regularmente, pasaba ante el tiro al blanco, una muchacha rubia anunciaba, sonriendo con expresión descarada:

—Vamos, muchachos. ¡A ver quién es un Buffalo Bill! Aquí tenéis los mejores fusiles del mundo, copia exacta de los que emplean los comandos. Como premio tenéis una cajetilla de cigarrillos, y si ganáis mucho, podéis besarme a mí.

Una turba de muchachos jóvenes, en mangas de camisa y con zapatos rotos, gritaba, respondiendo a su anuncio:

—¡El día que tenga dinero te ganaré todos los besos!

El paseante quedó un instante inmóvil, contemplando a la muchacha rubia. Esta le vio, y dije, dirigiéndose a él:

—Vamos, amigo, acérquese aquí. Estoy segura de que ha servido en la infantería de marina. Demuéstreles cómo conquistaron Okinawa.

El desconocido la miró, y aproximándose al mostrador, depositó un centavo y tomó un rifle. Cualquiera hubiera adivinado que un arma era algo vivo en sus manos. La sopesó un instante, y luego se

la echó a la cara. Disparó rápidamente. Volvió a cargar, y siguió disparando. Cada balazo era un blanco. La rubia se animó:

—Vamos, muchachos, probad vosotros también. Cuando vayamos a la guerra contra los coreanos, debéis tener buena puntería.

El transeúnte dejó el rifle sobre el mostrador. La muchacha se puso en pie, acercándose a él, mientras se alisaba el vestido. Los espectadores callaron, esperando lo que ocurriría.

—Bueno, marino —dijo ella—. ¿Qué prefiere? ¿Cigarrillos o…?

El hombre contempló unas cajetillas de «Lucky», y luego a la muchacha. Sonrió inesperadamente y tomó dos paquetes. Luego, sujetó a la rubia por los hombros, y la besó. Esta parpadeó un instante, y le dijo, mientras él se alejaba:

—Gracias, marino, y mientras conserve esa puntería, vuelva por aquí.

El hombre se encaminó a la calle, encendiendo un cigarrillo que fumó con avidez. Se sentía satisfecho. A pesar de todo, los nervios seguían obedeciéndole. Aspiró con deleite el humo de su cigarrillo. Hacía casi cinco horas que no había fumado. Tuvo suerte al poder disparar tan bien. Había gastado su último centavo, y no se atrevía a emplear el dinero que guardaba en un bolsillo.

Avanzó, por la calle, abriéndose paso entre la multitud. Luego, tomó una callejuela oscura, y volvió a salir a una de las calles importantes del Bowery. En esta tan solo existían viviendas, algún comercio, cuyo propietario debía ser griego o italiano, y un par de bares, cuyas pianolas esparcían sus notas metálicas por la calle. El desconocido se inclinó el sombrero sobre la cara. No quería exponerse inútilmente. Avanzó por la acera, casi solitaria. Tan solo unos niños jugaban en ella, y otros se encontraban en medio de la calle, bailando al compás de las pianolas.

Algunos descamisados, se apoyaban en las farolas, fumando y charlando.

El desconocido avanzó hacia una casa, a la que una escalera unía con la calle. Los sótanos se abrían bajo los peldaños, albergando a nuevos inquilinos.

Aspiró de nuevo su cigarrillo, y volvió a sonreír. En aquel preciso momento, un coche salió de una de las cercanas bocacalles, avanzando a toda velocidad por la calzada. Los niños huyeron, cubriéndole de insultos.

Al tomar la curva, chirriaron las ruedas, mientras una pistola ametralladora tableteó, dominando el ronquido del motor. Se oyeron gritos de terror y voces de alarma. Pero el coche ya se había

perdido de vista, desviándose por alguna callejuela.

Varios de los que holgazaneaban por allí, se apresuraron a desaparecer. Cuando sonaban tiros, acudía la policía, y ellos preferían ver de lejos a los guardias. Pero otros corrieron a rodear al muerto. Su retorcida postura en el suelo, lo demostraba. Los niños lo contemplaban con interés, mientras el dueño de la casa salía a toda prisa.

Los silbatos anunciaban ya a la policía, y pronto un agente uniformado apareció por la esquina, pistola en mano. A lo lejos, otros silbatos transmitían la noticia de que algo grave debía haber ocurrido.

El guardia se acercó al corro, y ordenó:

—Apartaos. Dejadme ver.

—Véalo todo, Mac —dijo el dueño de la casa—. Aquí le tienen.

El guardia lo contempló.

—No le toquéis. ¿Quién es?

—Se albergaba en mi casa. Dijo llamarse Tom Smith.

—¿Cómo ocurrió?

Todos comenzaron a hablar, discutiendo y peleándose para poder decir lo que habían visto. Otro guardia llegó corriendo.

—Avisa a la comisaría —le advirtió Mac.

Poco después, cuando ya el corro de curiosos era inmenso, apareció un coche negro, anunciado por la sirena de la policía. El guardia saludó marcialmente a un hombre entrado en años, de aspecto enérgico.

—¿Dónde está el cadáver, Mac?

—Aquí, capitán.

El capitán hizo una seña, acudiendo un hombre con un maletín en la mano.

—Doctor, reconózcale —luego, se volvió a los curiosos—: ¿Quién le conoce?

El dueño de la casa carraspeó:

—Se albergaba, en mi pensión. Dijo llamarse Tom Smith.

—¿Trajo equipaje?

—No, capitán.

El policía hizo una seña a uno de los agentes, y este acompañó al propietario al interior de la vivienda. El forense se puso en pie:

—Murió instantáneamente. Disparaban bien los que lo hicieron.

Poco después, una ambulancia se llevó al muerto.

El capitán examinó en su despacho las pocas cosas que se había encontrado en los bolsillos o en la habitación del muerto. El teniente de su demarcación le acompañaba.

—Todo lo que hemos hallado —decía el capitán— son dos paquetes de cigarrillos un poco de goma para mascar, una carta dirigida a John O'Brien y fechada en Los Ángeles, y un billete de diez dólares. En la habitación no había nada. Por lo visto, no tenía equipaje.

—No parece haber muchas pistas —dijo el teniente.

—Supongo que se tratará de alguna venganza entre bandidos. Lo mejor será darlo por olvidado. El hombre había llegado a Nueva York hace tan solo dos días, y no conocía a nadie. Pero enviaré el billete y la carta al departamento de análisis. Podría ser que nos descubrieran algo.

—¿Qué dice la carta?

—Poca cosa. Le dan una cita en un lugar que él ya sabe. Firma L.

CAPÍTULO II

El agente Bill Parnell cruzó las oficinas de la jefatura del F. B. I. Sus amplias espaldas se bamboleaban ligeramente al andar, y su alta estatura le daba el aspecto de un luchador profesional.

Alguna de las mecanógrafas le sonrió al cruzarse con él. Bill era un hombre de unos treinta años, que gozaba de muy buena reputación en el cuerpo al que pertenecía. Era muy fuerte, musculoso y ágil, de valor probado en la infantería de marina durante la contienda. Era un irlandés moreno y sonriente, de facciones correctas, que le granjeaban la simpatía de las mujeres, entre las que también era muy popular.

Parnell entró en la sala donde solían encontrarse los agentes, en espera de órdenes. Todos le recibieron con gritos de entusiasmo:

—¡El gran Bill! ¡El irlandés sin miedo!

Parnell se sentó sobre una mesa, y sonrió.

—Bueno, dejad ya los aplausos. Pronto deberéis saludarme como a vuestro superior.

Un agente de mediana estatura le advirtió.

—El capitán te espera. Ve a verle.

Bill preguntó:

—¿Qué quiere?

—Ascenderte a teniente, patoso.

Parnell sonrió.

—No te extrañe que eso ocurra, chiquito.

Parnell se puso en pie, encaminándose hacia el despacho del capitán. La secretaria le sonrió.

—Hola, preciosa —dijo el irlandés—. ¿Cuándo volveremos a salir?

—Cuando gustes, Bill.

—Pues espera que hable con el jefe, y concertaremos la cita.

Parnell golpeó la puerta con los nudillos, y entró. El capitán de la policía federal permanecía sentado a su mesa, con varios objetos ante sí. Junto a él se encontraba el teniente Parry y el sargento Sender.

—Hola, Parnell. ¿Quiere un cigarrillo?

El irlandés aceptó, sonriendo. Cada vez que el jefe invitaba a alguien a fumar, le encargaba alguna misión difícil.

—Contemple esta fotografía.

Bill obedeció, examinando una ampliación. Aquel rostro le pareció familiar.

—Creo recordar a este hombre, capitán.

Los otros rieron. Entonces, el jefe le entregó un espejo.

—Mírese y compare.

Obedeció el agente y vio con estupor, que eran casi iguales. Luego, se volvió hacia el capitán:

—¿Quién es este hombre?

El capitán explicó:

—Es la última fotografía de Nick Pierangelli. ¿Le recuerda?

—He oído hablar de él.

—Hace diez años que está en presidio, y tendrá su misma edad. Cómo ve, con un buen maquillaje, podría pasar por él.

Parnell asintió.

—¿A qué viene todo esto?

El capitán explicó, entonces:

—Nos interesa que le tomen por Pierangelli. Da la casualidad de que yo pertenecía a la policía metropolitana, cuando le detuvimos. Le vi varias veces. Usted se le parece mucho. El sargento Sender es de mi misma opinión.

El aludido agregó:

—Tiene su misma estatura y su misma solidez, pero otro aire. Usted, como buen irlandés sabrá imitar los aires de un matón.

—Para un irlandés, eso es fácil —observó el teniente Parry.

Parnell sonrió.

—Lo procuraré. ¿Qué es lo que debo hacer?

El capitán dio una chupada a su cigarrillo, y comenzó a decir:

—Hace unos días, en Nueva York, mataron a un hombre. Cuando se dirigía a su casa un coche pasó y disparó sobre él. Se sabe que murió al instante. No parecía algo muy desusado. Ya sabe usted que eso ocurre con frecuencia en los barrios de maleantes. La policía metropolitana realizó todos los trámites, y se dispuso a seguir las averiguaciones, aunque no parecía tener mucho interés el caso. Sin embargo, envió al departamento de análisis una carta y un billete que encontraron en el bolsillo del muerto. La carta no decía nada importante ni tenía huellas Pero el billete ya era otra cosa. Era una falsificación perfecta, que vamos persiguiendo. Hasta ahora no hemos hallado nada que nos pueda aclarar cosa alguna. Ahora, sin embargo, ya tenemos una pista.

—¿Quién era el muerto? —quiso saber Parnell.

—Un tal John O'Brien. Aunque en la pensión donde vivía se hacía llamar Tom Smith. Hemos preguntado por él a Los Ángeles,

que es donde estaba fechada la carta, y nos han enviado su ficha. Por lo visto, se trata de un criminal conocido. Tiene antecedentes, y se trataba con gente poco recomendable.

—¿Gomo por ejemplo?

—Buen policía —comentó el capitán—. Como por ejemplo, se reunía con mucha gente, que toda puede ser sospechosa. Eso se lo indicarán en Los Ángeles. La carta no decía nada importante, pero estaba firmada por una sola inicial. Una L. Busque allí lo que puede hacer con esos datos.

—¿He de partir para Los Ángeles? No conozco aquella ciudad.

—Eso es lo que me interesa. Usted es un forastero que llega allí. Es natural que averigüe cómo van las cosas, y qué puede hacer para ganarse la vida.

Parnell volvió a preguntar:

—¿He de hacerme pasar por Nick Pierangelli?

—Eso es. Pierangelli fue detenido hace diez años, antes de que entrara usted en el cuerpo. Le refrescaré la memoria. Aunque tan solo tenía veinte años, se clasificó como el atracador más audaz y más valiente de todo el país. Nos trajo en jaque desde que tenía diecisiete años. Aquí tiene su ficha y todo cuanto puede serle útil. Estúdielo, y además hable con el guardián de la cárcel a quién ya he dado órdenes para que le instruya en ciertos detalles, a fin de que pueda imitarle bien.

—Sí, capitán.

—Trasladaremos a Pierangelli a una prisión militar, donde permanecerá medio ignorado de todos, hasta que usted aclare ese misterio. Los periódicos darán la noticia de que ha huido de la cárcel. Nada extrañará que se presente usted en Los Ángeles, porque ese italiano era muy audaz. Además, mucha gente ha olvidado su rostro después de diez años.

—¿Qué debo hacer en esa ciudad?

—Se presentará usted al capitán Joe Dos Santos, de nuestro cuerpo, que le dará los últimos detalles sobre su actuación. Recuerde bien una cosa. Allí estará usted solo, y deberá actuar como mejor le parezca, pero no podremos ayudarle.

—Lo sé.

—La única pista que tenemos es que allí hay un hombre cuyo apellido comienza con una L, que conocía a O'Brien y que quizá sepa algo con respecto a los billetes falsos. Debe usted conseguir todo lo posible. La policía les sigue los pasos, y cada vez debe ser más difícil su actuación. La ayuda de un hombre tan arrojado y tan inteligente como Nick Pierangelli, les será muy útil. Procure hacerse

conocer. Ya sabe cómo es un barrio maleante. A su juicio dejo el resto —hizo una pausa, y añadió—: Simularemos un robo en el centro Oeste, para que la policía suponga que usted se dirigía hacia California y pueda disponer de dinero. Aquí tiene una documentación falsa que debe emplear o no a su juicio. Mientras espera el momento de salir para el Oeste, permanezca en casa de algún amigo, sin dejarse ver por la calle.

Parnell parpadeó:

—¿Es eso necesario?

—¿Es imprescindible?

Bill quiso protestar:

—Tenía una cita para esta noche.

—Pues cancélela. A partir de hoy queda en servicio permanente. Pase por la caja y recoja dinero, el dinero que crea oportuno. También será necesario que pida otra pistola a la sección de armamento. Si empleara una del cuerpo, podrían sospechar. Más vale que pida un arma alemana. Ya sabe que muchos soldados las tomaron como recuerdo de la guerra, y luego las vendieron a cualquier precio.

—Así lo haré.

—Dígales a sus compañeros a dónde va. Entre nosotros no es preciso el secreto, y pida que uno le albergue en su casa.

Bill saludó, saliendo de allí. La mecanógrafa sonrió, inquiriendo:

—¿Cuándo nos vamos?

El irlandés la contempló un instante. Luego, dijo:

—Cuando vuelva de California.

Se dirigió al cuarto de los agentes, y estos le preguntaron en broma:

—¿A dónde te envían?

—A California.

—¡Qué suerte! —exclamó uno—. Con seguridad que en Hollywood se han enterado de la existencia del bello Bill, y quieren darle un contrato para suplantar a Alan Ladd.

CAPÍTULO III

El tren se detuvo lentamente en la estación de Los Ángeles. Desde una ventanilla, Bill contempló la ciudad. Un panorama muy distinto al que dejara a su espalda, se ofrecía ante sus ojos.

Un esplendoroso sol encendía de cegadores resplandores el firmamento diáfanamente azul, descargando sus rayos sobre la ciudad. Los tejados de las viviendas refulgían a lo lejos. Los Ángeles había crecido mucho, debido a la inmigración mediterránea, con cuyo clima se sentían más a gusto los meridionales. También la habían ayudado a crecer todos aquellos que vivían de la industria cinematográfica, situada en uno de sus barrios, cuyo solo nombre bastaba para evocar en todo el mundo la ilusión por el mundo mágico del lienzo blanco: Hollywood. Las viviendas eran blancas, con flores en los balcones. Las calles de Los Ángeles eran empinadas, encontrándose en ellas tranvías, cosa casi desconocida en Nueva York.

Un terremoto había destruido hacía años la parte vieja de la ciudad, y casi todo era moderno, como construido en serie. Muchas casas de pisos elevadísimos tenían altas escaleras para llegar a ella, o bien se encontraban en lo alto de una loma cubierta de jardines, en la que habían levantado otros departamentos, que formaban distintos rellanos de la escalera.

Parnell saltó del tren, sujetando la maleta de cuero. Quizá había sido una equivocación llevarla, pero era preciso para muchas cosas. Antes de emprender el viaje, leyó los periódicos que anunciaban la fuga de Nick Pierangelli. Luego, en el Oeste hizo un transbordo. También entonces los periódicos anunciaron un asalto a un puesto de gasolina. Se atribuía el hecho a Nick Pierangelli. Sonrió el policía al imaginar la sorpresa del italiano, si algún periódico caía en sus manos, para calmar el aburrimiento de la prisión militar.

Echó a andar por la calle. Era una avenida amplia, de reluciente y regado asfalto, por la que circulaban los coches más elegantes, en tal abundancia, que parecía imposible que pudieran circular.

Los transeúntes eran muy distintos entre sí. Se veían tipos altos y rubios, de clara ascendencia germana, hombres delgados y plácidos, que debían tener apellido inglés. Otros, eran morenos y sonrientes, de gestos vivos, cuyo nombre debía evocar alguna ciudad del Sur. Casi todos los hombres iban en mangas de camisa o

con la chaqueta al brazo, pues hacía mucho calor. Marchaban haciendo oscilar las espaldas, con el cigarrillo colgado de los labios o mascando goma. Algunos, los más elegantes, lucían corbatas de muchos colores con un sombrero de paja echado sobre la nuca, y avanzaban convencidos de que eran los árbitros de la elegancia.

Pero en los coches se veía una mezcla más distinta. En algunos de ellos viajaban los millonarios de la costa del Pacífico o los magnates de la industria de cine, con sus elegantes esposas. En otros, los miles de hombres que poseían un auto y querían llamar la atención.

Las mujeres llevaban los cabellos recogidos, para evitar el calor, y lucían pantalones largos, cubriéndose los ojos con gafas negras. Los pilletes corrían de un lado para otro, voceando periódicos, abriendo puertas de coches y merodeando por allí.

Bill tomó un *taxi* y avanzó hacia el interior de la ciudad. Se detuvo en una callejuela, cuyo nombre había tornado de una novela, y pagó. Luego, entró en un bar a telefonear. Buscó en el listín la jefatura del F. B. I. y se fue hacia allí a pie. Ya cerca, utilizó un teléfono.

La voz del encargado de la centralilla, preguntó, monótona:

—¿Qué desea?

—Dígale al capitán que está aquí su primo.

—Oiga —replicó el otro— si le gasto bromas, me va a expulsar.

—Hágalo, y no lo pasará nada.

El hombre sabía que todo era lógico en el F. B. I., aunque se tratara de la cosa más absurda, y pasó el aviso. Al poco rato, Bill oyó la voz de un hombre que parecía cansado.

—¿Qué hay, primito? No sabía que hubieras llegado ya.

—Sí, hace una media hora.

—¿Conoces un café que se llama «Johnny's»?

—Lo buscaré.

—Pues allí iré con Joe.

Parnell dejó la maleta en un guarda paquetes, y se encaminó hacia el bar. Se sentó a una mesa y pidió un *whisky*. Una camarera morena le atendió. Al poco rato se abrió la puerta y entró un hombre de menos que mediana estatura, moreno y cetrino, cuya expresión sonriente y bonachona le libraba de toda sospecha. Tan solo sus ojos astutos le delataban como un hombre para el cual la lucha era parte de su existencia.

Se acercó al joven, y se sentó ante él.

—Hola, primito —dijo con entonación socarrona—. Soy Joe.

Luego, le tendió una pitillera en la cual ocultaba su carnet.

Parnell respondió:

—Fuma de los míos. Son mejores.

Repitió la operación del otro. Ambos rieron.

—Me llamo Joe Dos Santos.

—Yo Bill Parnell. Es raro que no nos conociéramos.

—Siempre he trabajado por California, y por el Oeste. También he ido por Sudamérica.

Charlaron un instante de cosas sin importancia, descubriendo que habían hecho la guerra en los mismos frentes, y que ambos sirvieron en los «marines». Luego, Joe dijo:

—La misión que te han encargado no es sencilla. Yo debo ser tu enlace. Aquí no me conocen, pero yo conozco a mucha gente. Te seré útil.

Bill asintió.

—Lo creo.

Joe sonrió.

—Bueno, ya sé que eres un as de los detectives. Nos lo han comunicado desde Washington.

—No exageres, hombre. Vamos a hablar del asunto. ¿Dónde se veía con más frecuencia a O'Brien?

—Solía frecuentar un café restaurante llamado «Plastiras». Es el nombre del propietario, un griego.

También iba mucho por el «Mocambo», un club nocturno caro, pero de mala fama, y por «The Silver Sliper» (La Zapatilla de Plata), un salón de baile barato. Creo que también frecuentaba un antro llamado «Pirate's Den» (Caverna de los Piratas), que también es un club nocturno, pero de baja estofa, situado en las afueras.

Bill iba registrando todos aquellos datos en su memoria. Luego, inquirió:

—¿Qué amigos tenía?

—O'Brien era muy raro. No intimaba con nadie, pero trataba a todo el mundo. Era muy popular entre las artistas de variedades del «Burlesque» y entre las camareras del «Plastiras». Tenía verdadera debilidad por las muchachas.

Parnell sonrió de nuevo.

—Esa debilidad la tiene cualquiera.

Joe guiñó un ojo.

—¡Y que lo digas! Creo que le gustaba jugar, y que frecuentaba algunos garitos clandestinos. No los conocemos aún.

—¿A qué se dedicaba?

—Pues concretamente, nadie lo sabe. Era de los muchos individuos que viven del aire, al parecer. Por lo visto, siempre tenía

dinero. La opinión del capitán era que se encargaba de hacer pasar los billetes falsos.

—Creo que había estado detenido, ¿no es cierto?

—Sí, cumplió seis meses en la penitenciaría del Estado, por riña y heridas.

Parnell asintió.

—Por lo visto, no era hombre capaz de dejarse matar sin lucha y, sin embargo, huyó de Los Ángeles, para evitar una muerte. El dueño de la pensión aseguró que se mostraba asustado y tímido.

—¿Conoces a algún amigo de O'Brien o a algún maleante cuyo apellido comience por L?

Dos Santos sonrió.

—Lilientahl, López, Luceni, Lockmore, Lockwood, Legrand, Larrea… —hizo una pausa, y agregó—: Si quieres, seguiré recitando.

Parnell asintió.

—Comprendo. Comenzaré ahora mi trabajo. He dejado mi maleta en un guarda-paquetes. Llévatela tú. Aquí tienes el recibo.

—Nos veremos cada día en el «Plásticas». Si no hay novedad, iremos haciendo más espaciadas estas entrevistas.

—De acuerdo. Simularemos no conocernos.

—Yo fingiré que soy vendedor. Te venderé algo y nos haremos amigos—. Viendo que Bill se ponía en pie, Joe le detuvo—. Espera.

Parnell obedeció, extrañado. Creía querva no debía darle más instrucciones, y que todo estaba arreglado entre ellos. Joe encendió un nuevo cigarrillo, y sonrió.

—Te hemos preparado un ayudante para este negocio.

Parnell repitió, sorprendido:

—¿Un nuevo ayudante?

—Sí, alguien que te podrá servir de mucho. Tú mismo lo comprenderás.

—¿Cuándo le conoceré?

Dos Santos explicó:

—Irás esta tarde o mejor esta noche al «Copa», y allí se te acercará tu ayudante. Te preguntará: «¿Puedo sentarme, forastero?». Tú contestarás: «¿Cómo forastero?». El dirá: «Forastero para mí, porque no le conozco». Entonces, os pondréis de acuerdo.

Sonrió de nuevo el policía, y concluyó:

—Puedes estar seguro de que esa persona te ayudará. No lo dudes.

CAPÍTULO IV

Parnell pasó la tarde buscando alojamiento. Encontró un apartamento de tres habitaciones, no muy limpias y bastante altas, que daban sobre unas calles estrechas del barrio maleante. Pero el esplendoroso sol de California entraba a raudales por aquellas ventanas.

Como estaba amueblado, Bill decidió instalarse allí inmediatamente, y se tendió en el lecho, calculando lo que debía hacer. Había dado un nombre falso al alquilar el piso, pero le constaba que el propietario no daría parte a la policía. De hecho, era un fugitivo, Nick Pierangelli, un bandido fugado de presidio, que se encontraba en una población en la que no conocía a nadie. Por otra parte, debía averiguar quiénes eran los que fabricaban billetes falsos, llegar hasta el jefe de la banda y obtener las pruebas que pudieran enviarles a la cárcel. No era sencilla su misión, pero este era su oficio.

Poco a poco, el día fue muriendo, y Bill salió a la calle, disponiéndose a cenar. Fue, deambulando hasta llegar al café «Plastiras» y allí tomó algo. Luego, se encaminó hacia el «Copa». Este era un lugar de diversión muy popular entre los habitantes del barrio. Se trataba de un amplío establecimiento, donde habían instalado un salón de fiestas. La planta se veía llena de mesas que bordeaban una pista, donde actuaban las artistas del local. En un extremo se extendía el mostrador, atendido por dos forzudos camareros. El local estaba adornado al estilo de lo que sus propietarios creían que era el estilo sudamericano.

Lleno de luces y de adornos de maracas, se veían en las paredes dibujos de gauchos, que parecían vaqueros andaluces y de danzarinas negras que semejaban artistas de ballet.

Bill examinó el local con atención. Allí debía entrevistarse con su nuevo ayudante, alguien que conocía muy bien la ciudad. Ignoraba si era algún policía o uno de los muchos confidentes que las autoridades tenían entre los maleantes.

También le extrañó un poco que hubiera de encontrarle allí. No parecía un lugar muy apropiado para que hicieran amistad dos hombres. Pero el capitán Dos Santos debía saberlo mejor cuando lo indicó así. Por un instante, le entró la sospecha de que quizá Joe Dos Santos no fuera un auténtico policía y le hubiera tendido una

celada. Pero apartó estos pensamientos de su imaginación. El carnet de identidad no podía falsificarse, ni tampoco era fácil que interceptaran la línea telefónica del F.B.I.

Examinó al público, mientras se quitaba el sombrero. Era quizá uno de los pocos que lo hacía. Todos los demás permanecían en la barra o en las mesas, con las cabezas cubiertas. Vestían ropas ligeras, apropiadas, para el clima de California con chillonas corbatas de colores. Fumaban cigarrillos rubios, mientras charlaban entre sí o con las pintarrajeadas mujeres que les acompañaban. Algunas chicas, con faldas muy cortas y los hombros desnudos, paseaban por la sala ofreciendo cigarros al público.

En la pista, iluminada con un foco actuaba una muchacha vestida de sambera, que probablemente nació en Brooklyn. La orquesta tocaba sin ningún entusiasmo.

Parnell se sentó a una mesa de pista, pidiendo un *whisky*. Concluyó la representación de la falsa brasileña, y luego un hombre sonriente, que se debía creer gracioso, se acercó al micrófono. El foco le iluminó. Sobre la pechera del *smoking,* destacaba su estudiada sonrisa.

—Gracias, amigos. Aquí estoy otra vez para suerte de ustedes. ¡Ja, ja, ja! Ahora voy a ofrecerles un nuevo número, en el que lo de menos va a ser la música y la voz. ¡No os asustéis! ¡Valdrá la pena! Esperad a ver el resto. ¡Ja, ja, ja, ja!

Se retiró de allí, mientras la orquesta iniciaba una canción moderna. Bill parpadeó asombrado, al ver a la muchacha que salía a cantar. Vestía un traje de terciopelo negro, que dejaba sus hombros desnudos. La larga falta se abría, en un costado, para facilitar sus movimientos. La tez dorada destacaba sobre la tela del traje. Bill contempló con asombro sus redondos hombros y sus torneados brazos. Su hermoso semblante atraía las miradas de todo el público. Tenía el cabello rubio y los ojos verdes, y en sus rojos labios bailaba una sonrisa franca y abierta. Su esbelto cuerpo se movía al compás de la canción, que cantaba con voz suave y bien modulada.

Buscó su nombre en el programa. «Linda Jezabel». Al pasar ante él, la muchacha le miró con fijeza, sonriéndole. Sin saber la razón, el veterano Parnell se ruborizó.

Concluido su número, la muchacha saludó. Luego, salió de la pista, dirigiéndose, hacia donde estaba Bill. Juzgó el joven que iría a reunirse con algún amigo suyo, y pensó que al menos así podría contemplarla a su gusto. Pero para sorpresa suya, la muchacha se detuvo ante él, sonriendo. Vista de cerca, era mucho más hermosa y

más atractiva que en la pista. La voz de la artista le sacó de su silencio:

—¿Puedo sentarme, forastero?

Parpadeó el agente, ante la contraseña de su nuevo ayudante. No podía ser más que una casualidad. Aquella muchacha no parecía una agente auxiliar ni una confidente. Sin embargo, para salir de dudas, preguntó:

—¿Cómo forastero?

Ella volvió a sonreír, y contestó:

—Forastero para mí, porque no le conozco.

Sin aguardar su invitación, se sentó.

Le dirigió una sonrisa, y dijo, volublemente:

—Desde que le vi, me fue usted simpático —como en aquel momento llegaba el camarero, la muchacha pidió—: Lo mismo que este guapo mozo, y muy rápido.

Cuando quedaron solos, la muchacha inquirió, con ansiedad:

—¿Ha hablado usted con Joe Dos Santos?

—Sí, pero no me advirtió que mi ayudante sería una artista.

Sonrió ella.

—Joe es muy bromista, y debió querer sorprenderle. Yo misma solicité al capitán que me permitiera tomar parte en este asunto.

Bill quiso saber:

—¿Por qué?

Los labios de la muchacha se crisparon, mientras en sus pupilas brillaba una mirada de dolor. «¿Estaría enamorada de O'Brien?», se preguntó Bill.

—Soy la hermana de John O'Brien. Quiero vengarle.

Parnell asintió.

—Lo comprendo, y, en efecto, puede serme usted muy útil. Conocerá a los amigos de su hermano, y también los lugares que frecuentaba.

Ella negó con la cabeza.

—Hacía casi cinco años que no veía a mi hermano. Nos separamos en cuanto fue licenciado del ejército. Durante la guerra tampoco le vi mucho, aunque él no fue enviado a Ultramar. Yo vivía en Sacramento y él se encontraba destacado en Fort Worth. Luego, murió mi madre, y acabó la guerra. John volvió a casa. Me ayudó, pero al fin se le acabó el dinero, y debió marcharse. Yo quise probar fortuna en el cine, donde trabajo de «extra». A veces hago papelitos en las películas de Danny Kaye o en las de Fred Astaire.

Bill la contempló en silencio. Hacía cinco años. Entonces debía tener unos veinticinco, de manera que cuando se separó de John tan

solo contaría veinte. Debía ser ya una muchacha encantadora, pero no tan hermosa como en aquel momento. Ella continuó su relato:

—Aunque él vivía también en Los Ángeles, nos veíamos poco. Un día le encontré en la calle por casualidad, y supe que estaba aquí. Pero no quiso que viviéramos juntos. Luego, vino una noche a verme y me pidió dinero para huir. Supe después la noticia de su muerte y quise ayudar a la policía para vengarle.

—Lo conseguiremos. No se preocupe. ¿Cómo se llama usted?

—Jezabel.

—¿No conoce a ningún amigo de John?

—No, ninguno de ellos me podría identificar. Para reunirme con usted, acepté este empleo, y di un apellido falso. Usted figura como Nick Pierangelli, ¿no es cierto?

—Sí, eso es.

Hizo una pausa el joven, y agregó:

—Dado el hecho de que es usted una mujer y muy bonita, creo que lo mejor os que pasáramos por novios. Así no extrañará a nadie que un tipo como yo se entreviste con una preciosidad como usted.

Jezabel asintió a su vez.

—No me parece mal —hizo una pausa, y añadió—: Creo que será mejor que no me diga su verdadero nombre, para que no cometa nunca una indiscreción. Le llamaré Nick.

—Bueno.

—Y otra cosa —parecía titubear, sin saber coreo decirlo—. Si hemos de pasar por novios, será mejor que alquile un cuarto en mi hotel. Además, así no nos será tan difícil entrevistarnos.

—Tengo un apartamento alquilado.

—Pues olvídelo.

CAPÍTULO V

Durante el siguiente día, Bill casi no hizo nada más que pasear por la ciudad, para habituarse a sus costumbres y conocerla mejor. Consiguió alquilar la habitación contigua a la de Jezabel, y siguió su charla con ella. En otras circunstancias, Parnell se habría alegrado de conocerla, pero ahora estaba demasiado entregado a su labor, para que la compañía de una hermosa y atractiva mujer le resultara una diversión.

Ella misma preparó el desayuno, y libre del maquillaje del club nocturno, envuelta en una sencilla bata y con el cabello recogido, parecía mucho más joven. Bill creyó por un momento encontrarse en su casa, como si se hubiera casado con ella. Esto le intranquilizó mucho, porque era enemigo del matrimonio y no quería perder su libertad.

Comieron en «Plastiras», saludando ella a Joe, como si fuera un antiguo amigo. Luego, regresaron al hotel. Por la noche se encaminaron hacia el «Copa», donde ella actuaba. Bill la acompañó, sentándose a una mesa de pista. Al aparecer Jezabel para realizar su número, el entusiasmo del público creció. Cada día aumentaba el interés da la clientela por aquella muchacha, y el propietario se congratulaba por haberla contratado.

Una vez concluyó su trabajo, saludó ante la estruendosa ovación y se dirigió hacia la mesa de Parnell. Este, mientras ella trabajaba, había observado a un hombre joven y atlético, boxeador sin duda, y quizá delincuente, que permanecía en pie, junto a la pista. Con las manos en los bolsillos y un cigarrillo entre los labios, contemplaba con fijeza a la muchacha. Vestía con exageración y parecía hombre acostumbrado a estos lances.

Cuando Jezabel se encaminó hacia la mesa del joven, el desconocido se colocó en su camino, cerrándole el pasó. Sonrió con aire triunfal. La muchacha le miró sin ninguna simpatía y pretendió seguir adelante, pero el otro volvió a cerrarle el camino.

Jezabel se echó hacia atrás, y le miró furiosa:

—¿Me deja pasar, lobo?[1]

El otro negó, sonriendo.

—Venga conmigo, hermanita, que nos vamos a divertir.

Jezabel, armándose de paciencia, objetó:

—Otro día será. Hoy me esperan.

Pero el desconocido no parecía muy dispuesto a hacerle caso. Se acercó a ella, asegurando:

—Olvídele. Lo pasará mejor conmigo, Linda Jezabel. Vamos.

Tendió la mano para sujetarla, y como la muchacha se apartara, arrojó el cigarrillo al suelo con violencia y la aforró por el brazo, diciendo, mientras la atraía:

—A mí, se me obedece.

Jezabel se debatió, pero era inútil. Aquel hombre tenía una zarpa de acero. Bill se puso en píe. Le molestaba la actitud de aquel hombre, y además, le convenía darse a conocer. Sabía que Nick Pierangelli no hubiera tolerado una cosa así.

Se acercó lentamente al desconocido, y le propinó una patada en la canilla. El otro, con un gesto de dolor, soltó a Jezabel y inclinó para palparse la parte dolorida. Bill, sin apresurarse, le descargó un puñetazo en la mandíbula.

El otro cayó hacia atrás, escupiendo sangre. Parnell ofreció el brazo a Jezabel, y dijo:

—Vámonos a dónde haya gente mejor educada.

Sin embargo, no había descuidado al hombre que yacía en el suelo. Pudo darse cuenta de que se trataba de un verdadero atleta, y no dudó de que en cuanto pudiera, le atacaría por la espalda. No le miraba: Sus pupilas se mantenían fijas en los clientes.

Vio, de improviso, cómo estos parpadeaban, con rostro alterado. Había llegado el instante. Se soltó de Jezabel y se volvió con presteza, alzando las manos con actitud defensiva.

El boxeador cargaba furiosamente contra él, disparándole un golpe feroz contra la mandíbula. Pero Parnell fue más rápido y consiguió desviar el brazo de su antagonista. Este cargó de nuevo, pero volvió a encontrarse ante la cerrada defensa del policía. Entonces, Bill pasó a la carga. Se lanzó ciegamente contra su enemigo y le machacó los costados, impidiéndole que se defendiera. El otro jadeaba, sacudido por los martillazos que le propinaba el agente secreto. Luego, cuando le hubo empujado hacia la pista, Bill saltó hacia atrás y descargó dos tremendos directos, en rápida sucesión, sobre la quijada de su enemigo. Este se tambaleó, cayendo hacia atrás. Pero Parnell cometió la torpeza de no seguir castigándole. Aquel hombre poseía una fortaleza de hierro; los golpes no parecían vencerle. Se puso nuevamente en pie. Bill contempló sus pupilas, que parecían inyectadas en sangre. Su expresión era la de un loco, que furiosamente se lanzara sobre su adversario.

Parnell le esperó a pie firme, con la guardia baja. Al cargar el

adversario, Bill se ladeó ligeramente, y el otro pasó por su lado, tropezando con el pie que el joven había extendido.

Una carcajada nerviosa se alzó de entre el público que formaba un corro contemplando la reyerta.

Bill se volvió con presteza. Sabía que su enemigo no tardaría en atacar de nuevo, y debía estar preparado. Ya había llamado bastante la atención, y le era preciso acabar cuanto antes, no fuera a llegar la policía; en tal caso, su situación sería comprometida. No podía pedir ayuda al F. B. I. para que le sacaran de la comisaría sin despertar sospechas, y si le tomaban por Pierangelli le enviarían a Washington, donde debería soportar la rechifla de sus amigos.

Efectivamente, el boxeador atacó de nuevo. Bill paró el golpe y descargó un directo sobre la mandíbula del adversario, que jadeó, acusando el golpe. Luego, dirigió un «jab» sobre su oreja, que le hizo tambalearse. Después, le castigó en los costados, y de nuevo le disparó un gancho a la cara. Se inclinó hacia atrás el desconocido, y esta vez Bill no se descuidó. Siguió descargando furiosamente su puño sobre su rival, hasta hacerle perder el conocimiento.

El hombre cayó sobre las mesas, volcándolas y derribando el servicio que sobre ellas se encontraba. Quedó tendido en el suelo, y Parnell juzgó que ya había hecho una buena demostración.

—En este local no se puede trabajar. No hay gente bien educada —comentó. Miró a la muchacha, y le dijo—: No vuelvas más aquí.

Ella asintió:

—Como quieras, Nick.

El *maître,* que se había acercado, quiso protestar:

—Tenga usted en cuenta que esta señorita tiene con nosotros un contrato. Si no lo cumple, recurriremos a los tribunales.

Bill se encaró con él, y comenzó a golpearle el pecho con el dedo índice:

—Mire, hermano, si usted lleva este asunto a los tribunales, más vale que averigüe cuánto cuesta un entierro de primera clase, poniendo yo el muerto. ¿Me ha entendido?

El *maître* quedó pálido. Aquel hombre era capaz de hacer lo que decía, y él no tenía ningún deseo de ser enterrado. Bill se volvió hacia Jezabel, y le dijo:

—Vamos monada.

—Como mandes, Nick.

Salieron a la calle, entre la estupefacción del público. Una vez fuera, Parnell preguntó:

—¿Quién era ese hombre?

—Le había visto algunas veces por aquí. Se trata de un boxeador

de poca categoría, con malos antecedentes. Molesta a todas las chicas, y se cree un verdadero peligro.

Parnell sonrió:

—Menos mal que he tenido suerte con Un púgil profesional.

Ella sonrió a su vez.

—Tampoco usted lo hace mal.

El policía indicó entonces:

—Será mejor que nos acostumbremos a tutearnos, no vaya a escapársenos algún día el «usted», y entonces lo descubrirían todo.

Mientras los dos jóvenes se alejaban en dirección a su vivienda, uno de los clientes del local contemplaba al boxeador, al cual intentaban por todos los medios hacer volver en sí.

Había sido una reyerta dura, y él sabía muy bien qué clase de enemigo era aquel púgil. Para derrotarte con tanta facilidad, su antagonista tenía que ser un hombre extraordinario. Le parecía haber visto la cara del vencedor en los periódicos. Y además se llamaba Nick. Podía muy bien tratarse de la persona que él creía, y entonces nadie le podría negar que habían hallado el auxiliar que les hacía falta. Se volvió para llamar al camarero y pagó, saliendo del local.

CAPÍTULO VI

Avanzó por la calle, llamando un «taxi». Dio la dirección al chofer, y encendió un cigarrillo. La luz iluminó su semblante joven, curtido por el viento, que contrastaba con sus cabellos rubios y con sus pupilas escandinavas.

Al llegar a la parte vieja de la ciudad, pagó y echó a andar por la callo. Luego, se acercó a una puerta y llamó tres veces con los nudillos.

Una ventanilla se abrió, dejando ver un semblante lleno de costurones, con la nariz aplastada y los ojos apagados. Se iluminaron un tanto al ver al cliente, que oyó decir:

—Enseguida te abro.

El hombre entró en el local. Se trataba de un sótano, donde se reunían varios, amigos para jugar a los dados y a las cartas. Era un establecimiento clandestino, donde también se admitían apuestas de caballos y de toda clase de deportes. Contaba con varias habitaciones. En una de ellas se encontraba la oficina de apuestas, en otra un pequeño bar, donde siempre se veía una muchacha o dos, y en las otras, las salas de juego.

El joven se acercó al bar, preguntando al mozo:

—¿Está Mac Cloyd?

El mozo asintió.

—Le encontrará en la sala de naipes.

Una de las muchachas le dijo entonces:

—Oye, Nils: ¿puedes invitarme a cenar?

El otro negó con la cabeza.

—Hoy no; mañana, saldremos juntos.

Se dirigió hacia la sala de naipes. En ella se veían varias mesas, alrededor de las cuales se sentaban hombres con cartas en la mano. Sobre las mesas se amontonaba dinero, porque allí nadie podía jugar a crédito. Las paredes eran lisas, sin ningún adorno, y sobre cada mesa ardía una lámpara con pantalla verde.

Nils se acercó hasta detenerse junto a un escocés robusto, como de cuarenta años, que sudaba copiosamente y llevaba, desabrochado él cuello de la camisa.

—Quiero hablar contigo, Mac Cloyd.

El escocés alzó la cabeza, y respondió:

—Ahora estoy ocupado, Larsen.

El sueco agregó:
—Es muy importante.
Mac Cloyd se resignó.
—Está bien. Espérame en el bar. Tengo un buen juego, y no quiero perderlo.
Larsen regresó al mostrador, y contempló a la muchacha que mataba el hambre fumando un cigarrillo.
—Ahora podemos cenar, si quieres, Molly.
La otra sonrió, contenta:
—¿Hablas en serio?
—Claro que sí—. Se volvió al mozo y le encargó—: Dos *hot-dogs*.
Mientras el camarero los preparaba, entró un muchacho alto y desgalichado, que lucía el sombrero de paja sobre la nuca, y una corbata de lazo.
—Acércate, Lawford. También estás invitado.
El llamado Lawford preguntó:
—¿Se celebra alguna fiesta?
Nils contestó:
—Tal vez; voy a ejecutar un buen negocio, y quiero celebrarlo.
Molly intervino:
—Trae mala suerte celebrar las cosas antes de que se realicen. Es un proverbio español.
Lawford y Larsen rieron. Un observador concienzudo habría advertido que ambos presentaban un bulto, no muy grande, en el costado, pero que bastaba para descubrir que iban armados.
Comenzaron a comer en el mostrador, charlando con la muchacha. Molly preguntó:
—¿Cuándo vamos a salir a divertirnos?
Lawford indicó:
—Mañana me toca a mí.
—Me toca a mí —objetó Larsen—. Lo dije antes. Tú puedes ir al día siguiente.
—¿Por qué no lo hacéis a cara o cruz? —propuso Molly.
—Es una idea. Trae los dados, Jorge.
El mozo advirtió:
—Me llamo Lewis.
—Está bien, Jorge.
Tiraron, y ganó Larsen.
—De acuerdo; saldremos mañana.
En aquel momento entró Mac Cloyd.
—Acompáñame, Larsen. Hablaremos.
El sueco se dispuso a seguirle. Lawford contempló a Molly, y le

dijo:

—¿Por qué no salimos esta noche?

Mac Cloyd le advirtió:

—Tú también has de venir a hablar conmigo.

Lawford masculló:

—Hoy no estoy de suerte.

Se dirigieron hacia el despacho de las apuestas, y el escocés ordenó al propietario del local:

—Necesito esto. Vete.

Humildemente, el otro obedeció. Nadie, se atrevía a protestar ante aquel hombre rojizo y exuberante. Se sentó Mac, y ordenó a Larsen:

—Habla, Nils.

El sueco cerró la puerta, y advirtió:

—Lo que voy a decir es muy importante, y es mejor que nadie me oiga —se sentó sobre la mesa, y preguntó—: ¿Tú conociste a Pierangelli en la cárcel, verdad, Mac?

El escocés se encogió de hombros.

—Tanto como conocerlo, no diré. Le vi allí, cuando estaba de paso, y hablé con él.

—¿Cómo es?

—Pues tendrá unos treinta años, fuerte, grande, moreno, con una cicatriz muy pequeña junio a la oreja —luego inquirió—: ¿Pero a qué viene todo eso?

Larsen se inclinó hacia él.

—He estado en el «Copa». Hay allí una chira nueva, que es estupenda. Charlie ha querido tontear, y el tipo que estaba con ella lo ha dado una paliza de la que aún no se había repuesto cuando me marché.

Lawford silbó admirado.

—Debe ser un tipo de cuidado. Charlie es muy fuerte.

El sueco contempló triunfalmente a los otros dos, y añadió:

—Es un tipo alto, moreno, fuerte, con una cicatriz junto a la oreja.

Mac Cloyd parpadeó, mientras Lawford decía:

—No es posible.

Nils sonrió, añadiendo:

—Después de dejar a Charlie como un trapo, murmuró unas palabras despectivas, y la chica le llamó Nick.

Lawford silbó de nuevo.

—No puede ser tan loco que vaya por la calle, armando jaleo. La policía del país le está buscando.

Mac Cloyd se puso en pie.

—Pierangelli está loco para eso y mucho más. Nunca piensa en lo que va a ocurrir. Tira para adelante, y espera que salga bien. Pero no es una prueba que le llamara Nick.

Larsen tomó un periódico que se veía sobre la mesa, y lo abrió, mostrándolo al escocés.

—Mira este retrato.

En primera plana aparecía una fotografía de Bill Parnell, y sobre ella decía:

«Nick Pierangelli no ha sido capturado aún».

—No sería un mal auxiliar, ¿eh? —sugirió Larsen.

El escocés dudó un instante; luego, dijo:

—Veremos de localizarle—. Hizo una pausa, y agregó—: El jefe está muy molesto con vosotros. Está preparando un nuevo negocio, pero no tiene confianza. En el último, casi os cazaron.

Lawford asintió, y Larsen preguntó, para eludir las reconvenciones:

—¿Quieres que vaya a localizar a Nick?

—Lo harás mañana. Ahora, debemos hablar.

CAPÍTULO VII

Larsen entró en el «Copa», saludando a las muchachas que allí se encontraban. Era muy popular entre todas ellas, y con frecuencia se servía de su amistad para su trabajo.

Se sentó en el mostrador, y sonrió al mozo.

—Hola, Jorge.

—Me llamo Frank, señor.

—No lo sabía, Jorge. Dame un *whisky*.

El mozo sirvió lo que le pedían, y Nils le contempló sonriendo. Luego, sacó un cigarrillo, e invitó al camarero a que le diera fuego. Este lo hizo.

—Gracias, Jorge.

El camarero contempló asombrado el billete de cinco dólares que lo tendían. Nunca lo daban propinas de tal importancia por una cosa tan sencilla.

—Gracias, señor.

Fue a volverse para tomar una botella, cuando Larsen llamó:

—Jorge.

Ante aquellas propinas, el camarero estaba dispuesto a llamarse como deseara la concurrencia. Se acercó al sueco.

Larsen jugueteaba con un billete de cincuenta dólares. Sonrió, sin dejar de darle vueltas, hasta que se dio cuenta de que la mirada del camarero estaba fija en el billete.

—¿Te gustaría esto? —preguntó.

El mozo sonrió a su vez.

—¿Te acuerdas de Linda Jezabel?

Frank asintió.

—¡Vaya chica guapa!

Todos seguían de acuerdo.

—Me gustaría saber dónde vive.

El camarero se mordió los labios.

—Verá usted, esa chica ya no trabaja aquí.

—He preguntado dónde vive.

El billete de cincuenta dólares se agitaba ante sus ojos, y al fin, el camarero dijo:

—Espero un momento. Tendré que compartir la propina con otro empleado.

—No deberás compartir nada, si además callas quién lo

pregunta y por qué quiere saberlo.

—Sí, señor.

Al poco rato regresó, muy sonriente. Se inclinó ante Larsen como si fuera a limpiar el mostrador, y murmuró la dirección de la muchacha. Nils bebió su *whisky* con calma, y luego colocó otro billete de cincuenta sobre la barra. Después, sacó uno de veinticinco e indicó, sonriendo:

—Quédate con la vuelta, Jorge.

Salió a la calle, muy satisfecho. Tenía grandes probabilidades de encontrar a Pierangelli, sobre todo localizando a la muchacha. Llamó a un «taxi» y dio una dirección. Luego, saltó a tierra y avanzó por una calle de casas blancas, empinada y bordeada por jardines. Varios niños jugaban a ladrones y policías, y un buen número de vecinos se sentaban a las puertas, para tomar el fresco. Otros descansaban en los balcones y en las galerías de sus casas. Las mujeres, desgreñadas y cansadas, se envolvían en una amplia bata. Ellos aparecían en camiseta, con la pipa o el cigarrillo entre los labios.

Algunas viviendas habían sido edificadas en montículos, y para llegar hasta ellas era preciso escalar altos peldaños.

Al final, la calle tomaba otro aspecto, encontrándose llena de villas, al estilo español, que en muchos países se conoce por californiano. Allí vivía la gente adinerada del barrio.

Allí se encontraba también el hotel donde habitaba Linda Jezabel, que ya sabía que se llamaba Jezabel Smith. Entró en el *hall* de un edificio amplio, de blancas paredes, adornado con un gusto recargado. Larsen se acercó al *comptoir y* depositó un billete de veinte dólares, mientras decía:

—Hola, Jorge.

El empleado le miró con mal talante.

—Me llamo Fred, amigo.

—Está bien, Jorge. Pero necesito un favor.

Al mismo tiempo sacó otro billete de la misma cantidad. El empleado mordisqueó el palillo que sostenía entre los dientes, y le dirigió una breve mirada.

—Mi novia ha huido. Necesito averiguar dónde está. Me siento muy triste sin ella. Estábamos a punto de casarnos, y se ha largado con viento fresco, sin decirme dónde se encuentra. Sé que está en Los Ángeles, y quiero verla. Por lo menos, me podría devolver la pulsera.

El empleado meditó un instante.

—¿Cómo se llama su novia?

—Jezabel Smith.

El otro parpadeó, y dijo:

—Más vale que se retire, amigo. Su novia ya tiene quien la acompañe. Y un tipo de cuidado.

Larsen preguntó:

—¿Uno alto, fuertote y moreno?

—Sí, ese mismo.

—No hay cuidado. Es su primo Nick. ¿Qué habitación tienen?

El empleado se secó el sudor, contempló los billetes, y advirtió:

—No le diga a nadie que fui yo quien le informé, pero tienen las habitaciones 12 y 14 del primer piso.

—Gracias, Jorge.

Larsen salió a la calle, y esperó. Era ya tarde, poco más o menos la hora de cenar. Nick y Jezabel saldrían del hotel, y podría seguirles y averiguar algo con certeza.

Encendió un cigarrillo, y comenzó a fumar. Al poco rato, vio salir del hotel una pareja, enlazados por el brazo. Ella era Jezabel, y él, Nick Pierangelli. Cada vez se sentía más seguro de esto. Pero debía comprobarlo.

Les permitió alejarse, emprendiendo luego el mismo camino que ellos. Descendieron por la calle hasta el lugar donde se detenían los tranvías.

Bill sonrió.

—Nos siguen.

—¿Crees que será la policía? —preguntó Jezabel.

Él negó con la cabeza.

—Seguramente debe ser algún bandido que ha creído reconocerme. Veremos lo que ocurre. Tú no te asustes por nada.

Ella asintió.

Tomaron el tranvía, y pudieron darse cuenta de que poco después les seguía un «taxi». Se apearon cerca de un restaurante italiano, y entraron. Minutos más tarde, un hombre alto y rubio, entró sin mirarles siquiera, y ocupó una mesa contigua. Una vez concluida la cena, salieron de nuevo, dirigiéndose a un salón de baile. Todos recordaban que a Nick Pierangelli le gustaba mucho bailar. Los jóvenes no tardaron en ver al hombre rubio que les había seguido. Jezabel oprimió el brazo de Bill, que se encontraba de espaldas a la puerta.

—Ya ha entrado.

Parnell sonrió.

—Iremos a la mesa, a ver qué pasa.

En cuanto concluyó la pieza, se dirigieron hacia la mesa que

tenían reservada, poro Larsen se había colocado en su camino. Sonreía, con expresión amistosa y el cigarrillo entre los labios.

—Hola, Nick.

Parnell se detuvo, contemplándole. Torció el gesto, endureciéndolo.

—Me parece que no le conozco, amigo.

Nils Larsen sonrió, apartando el cigarrillo de los labios.

—Yo, en cambio, sí le conozco. También conozco a esta señorita. Es Jezabel Smith, una gran artista.

Los dos jóvenes le miraban, sin comprender a dónde iría a parar aquel individuo. Larsen agregó:

—Creo que sería mejor que nos sentáramos. Hablaremos con más comodidad.

Bill le hizo una seña, y los tres avanzaron hacia la mesa.

—Bueno, hable usted. ¿Me conoce?

Larsen asintió.

—Usted es Nick Pierangelli.

Bill contuvo una sonrisa de satisfacción. Aquello empezaba bien, pero decidió ponerse en situación. Se levantó y sujetó al sueco por la chaqueta, alzando una mano. Vio cómo el miedo relucía en las pupilas azuladas de Larsen, y cómo temblaba su barbilla, al tiempo que exclamaba:

—¡No se alarme, no se alarme! ¡Soy su amigo!

Jezabel le sujetó por el brazo, conteniéndole:

—¡No, Nick! ¡Ten cuidado! ¡Puede venir la policía!

Los concurrentes más cercanos contemplaban la escena con sorpresa. Bill soltó a Larsen, y le dijo:

—Tiene usted suerte, amigo. Debería apostar en las carreras. Pero tenga en cuenta que si habla, le dejaré sin lengua.

Nils se arregló la corbata, y sonrió.

—No sea tan impetuoso. No sabe aún para qué lo busco.

Parnell preguntó:

—¿Para qué?

CAPÍTULO VIII

El sueco bebió un trago, y sonrió otra vez.

—Usted está en una situación apurada. No tiene dinero ni manera de ganarlo sin exponerse.

Bill torció el gesto.

—Eso es cuenta mía, amiguito. Y calle la boca.

Larsen se retorció las manos.

—Pero si yo quiero ayudarlo. Estoy intentando proponerle la manera de ganar mucho, y con poco riesgo.

Bill se encogió de hombros.

—¿Quién le ha dicho que no soy boxeador o bailarín?

Larsen sonrió.

—No me engaña, Pierangelli.

Parnell se inclinó hacia adelante.

—Olvídese de ese nombre o le haré tragarse la lengua.

El sueco respiró aliviado. Había reconocido tácitamente que se trataba del famoso bandido, y esto era ya una garantía.

—Mira, Nick, ya sabes que un hombre solo, aunque sea un número uno como tú, corre grandes peligros de los que casi no se puede librar. En cambio, si cuenta con algunos amigos, con amigos dispuestos a todo, entonces puede reírse del mundo. Yo te ofrezco estos amigos. Además, hay mucho dinero a ganar.

Nick encendió un cigarro, y preguntó:

—¿Qué debo, hacer?

—Es cosa sencilla.

—Pero aun no sé lo que pretendes ni cómo te llamas.

—Mi nombre es Nils Larsen. ¿Cómo quieres que Le llame?

—Nick Carmichael.

—Está bien, Carmichael. Mis amigos necesitan de tus servicios. Yo te presentare, y creo que lo mejor es que habléis directamente.

Bill dio una chupada a su cigarro, y replicó:

—¿Y si no me interesara?

Larsen no había pensado en esta eventualidad, pero sonrió haciendo un amplio ademán.



Eligieron el menú, y luego se miraron, al quedar nuevamente solos.

—Pues, tan amigos. Sabemos que Pie… Carmichael no es un chivato.

Luego, señalando a Jezabel, Larsen insinuó—: Supongo que la chica será de liar.

Bill asintió.

—De otro modo, no estaría conmigo.

Nils pensó que todo marchaba magníficamente bien. Le reportaría una buena recompensa el hecho de traer a Pierangelli a la banda.

—Si te parece, Nick, podríamos ir a ver a mis amigos.

—Bueno, como quieras—. Se volvió a la muchacha, y le dijo—: Tú vete a tu casa.

Jezabel intentó protestar.

—Hombre, ahora que me divertía.

—Pues te compras tur mono —respondió Bill, chasqueando la lengua—. Andando, Larsen.

Ambos salieron del local. Bill sentía una íntima alegría, por el deber cumplido. Había conseguido enlazar con una banda de criminales que le necesitaban porque le creían Nick Pierangelli. Además, aquel hombre de Los Ángeles tenía un apellido que comenzaba por L.

Salieron a la calle y tomaron un «taxi». El sueco dio una orden en voz baja, y el coche partió. Al fin se detuvo, y Larsen saltó a tierra. Pagó al chofer, y se fueron.

Al doblar la primera esquina, Bill sujetó por la solapa a Larsen, pegándole contra la pared. Nils tartamudeó, asustado:

—¿Qué… qué te ocurre?

—No me gustan los secretos, amigo. Ahora misma me vas a decir qué calle es esta y qué venimos a hacer aquí.

Larsen contestó, casi sin voz:

—Iba a hacerlo. Se llama calle número 2, y vamos a un garito a ver a mis amigos.

—Eso es otra cosa —le soltó—. Vamos.

Larsen se arregló la chaqueta, comentando con miedosa sonrisa:

—Vaya genio que tienes, Nick.

—No me lío de nadie. He pasado diez años en la cárcel, y mis amigos me olvidaron. No deseo volver allí.

Nils protestó:

—Pero yo no soy un soplón. Debes confiar en mí…

Bill se volvió hacia él, hundiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta:

—Recuerda bien esto, Nils, si es que quieres que sigamos siendo amigos. Yo no tengo confianza en nadie. Y a la primera sospecha, antes otro que yo.

Larsen asintió. Siguieron adelante, hasta llegar a la puerta del garito. El sueco llamó por tres veces, y entraron en el local. En el pequeño bar, tan solo estaba el mozo.

—¿Has visto a Angus? —preguntó.

—Sí, está en los naipes.

Larsen se fue hacia allí, diciéndole a Bill:

—Espera en la puerta.

El joven no se movió. Sabía que había comenzado una pista, y suponía que sería la verdadera. Su buena suerte no le volvía la espalda.

Larsen regresó enseguida.

—Pasemos al despacho.

Una vez allí, le sirvió licores. Bill se sentó en un diván y encendió un cigarrillo, mientras apuraba el *whisky*. Al poco, se abrió la puerta, y apareció un hombre alto y pecoso.

—¡Caramba, Nick, viejo zorro! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Parnell se estremeció. Quizá Pierangelli tenía más amigos de los que juzgaba el capitán. Se puso en pie, y contempló con poca simpatía a su visitante.

—¿Quién eres? ¿Dónde nos hemos conocido?

Angus, pues él era, explicó:

—En la prisión, me llamaban Mac Cloyd. ¿No recuerdas?

Nick movió la cabeza.

—Ha pasado mucha gente por allí. No te recuerdo.

—Lo comprendo. Quise probar si te precisaba mucho hacer ver que me conocías.

Parnell advirtió:

—No me gustan las pruebas. Que quede advertido.

Llamaron a la puerta. Entró Lawford. Le presentaron a Nick. El joven se estremeció. También su apellido comenzaba por L.

—Bueno —dijo Mac Cloyd—, puesto que estamos todos aquí, vamos a tratar de negocios.

Todos se sentaron junto a Nick, contemplándole y sonriendo. El joven no se inmutó. Era preferible que fueran ellos quienes hablaran tan solo.

—Necesitamos un hombre decidido, para entrar en Los Ángeles o para sacarlos, algunos paquetes que a la policía no le gustan demasiado. Eso reportará buenos beneficios, y no es tan arriesgado como cometer un atraco.

Parnell se humedeció los labios, pero no se alteró. Creía encontrarse entre los monederos falsos, pero no tenía aún la prueba.

Bebió un sorbo de *whisky*, y preguntó:

—¿Qué contienen los paquetes?

Mac Cloyd hizo un gesto de sorpresa:

—Hombre, yo…

Parnell le atajó:

—Ten en cuenta que quiero saber por dónde camino, para asegurarme de que estoy seguro.

El escocés sonrió:

—Bueno. Son billetes que fabricamos nosotros. Tenemos buenas planchas y pasan bastante bien, pero la policía ha descubierto algunos. Están muy preocupados y buscan. Quizá sospechen de nosotros. De ti no lo harían.

Bill inquirió entonces:

—¿Cuánto me pagaríais?

—Un dólar por cada diez que hagas pasar. Pero de los buenos.

Bill meditó un instante.

—Me interesa. ¿Cuándo comenzamos?

Larsen y Mac Cloyd se miraron, y este último indicié:

—Mañana, en mi casa.

Bill salió del garito, sin alterar para nada su semblante. Había logrado la primera parte de su objetivo. Ahora le era preciso descubrir quién era el jefe supremo, y conseguir las planchas.

Cuando hubo salido, Larsen interrogó:

—¿Me había equivocado?

Mac Cloyd negó con la cabeza.

—No.

Lawford dijo entonces:

—De modo que es él…

El escocés se pasó la mano por los rojos cabelles.

—Hombre, yo diría que sí, pero de eso no se pueda estar nunca seguro. No le conocí lo bastante.

CAPÍTULO IX

Bill se dirigió, a su habitación, sonriendo satisfecho. Había logrado pronto su cometido. Pero debía reconocer que todo el mérito no se debía a él. Cierto que había sabido atraer la atención de los monederos falsos, y que estos no habían sospechado, pero sin la idea básica del jefe de hacerle pasar por Pierangelli, jamás habría logrado atraer la atención de nadie. También debía agradecer a los jefes de Los Ángeles que hubieran conseguido la ayuda de un auxiliar tan eficaz como Jezabel.

Silbó satisfecho, dirigiéndose hacia su dormitorio.

—Nick.

La muchacha, envuelta en una bata, le llamaba desde su habitación.

—Entra.

El joven obedeció. Una vez dentro, ella cerró la puerta. Parecía nerviosa e inquieta.

—¿Todo bien? —preguntó.

Parnell asintió.

—Me han introducido en la banda de falsificadores, pero estoy convencido de que ninguno de ellos es el jefe máximo.

Jezabel preguntó, interesada:

—¿Quiénes la forman?

—Un escocés ya entrado en años, pecoso y rojizo, que se llama Angus Mac Cloyd, Nils Larsen y un tal Walter Lawford. ¿Les conoces?

Jezabel negó con la cabeza.

—No estoy segura. Me parece que no. A ese Larsen le había visto por el «Copa», pero los otros dos deben ir por lugares distintos.

—A tu hermano le encontraron una carta, dándole una cita en «el local de costumbre». Estaba firmada con una inicial. Una L.

Jezabel comentó:

—Y tanto puede ser Larsen como Lawford.

—Eso es.

La muchacha mantenía una actitud algo envarada, como si contuviera su pena.

—Parece que la cosa no empieza mal.

Al día siguiente, ambos fueron a comer al restaurante «Plastiras». El griego que lo regentaba, un hombre de unos cuarenta

y cinco años, gordo y sonriente, se acercó a instalarles.

—¿No es la primera vez que acuden aquí, verdad?

Algo sorprendidos, los dos jóvenes negaron con la cabeza.

—El otro día vinimos a comer —dijo Bill.

Plastiras se pasó la mano por los engomados cabellos, y manifestó:

—Yo nunca olvido una cara, amigos. Todos mis clientes son mis amigos. ¿Qué les sirvo?

Eligieron el menú, y luego se miraron, al quedar nuevamente solos.

—¿Crees que es casualidad o que le han ordenado que nos conozca? —preguntó Parnell.

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo yo?

Bill sonrió.

—Has vivido más tiempo aquí. Puedes saber si lo hace con todo el mundo.

—Dicen que recuerda a todos los clientes. Hace algunos años que vive aquí, y les saluda a todos.

Unos camareros les sirvieron la comida, y se dispusieron a comenzar. De improviso se oyó una alegre voz, de entonación extranjera, que decía no lejos de ellos:

—¿Quiere usted comprar buenas corbatas? pintadas a mano por Salvador Dalí. También tengo encendedores y otras muchas cosas.

Bill se volvió, para ver a Joe dos Santos que corría por las mesas, ofreciendo las mercancías que guardaba en una caja de madera. Luego, al llegar ante ellos, sonrió.

—Usted me compró algunas, amigo. ¿Quedó satisfecho?

—Todo lo que me dio fue bueno —declaró Parnell.

—¿Ven, amigos? Yo nunca engaño. Este caballero puede decirles lo que compró, y si le dio buen resultado —se volvió hacia Jezabel, y dijo—: Aquí tiene un regalo para la compañía, ¡y qué compañía!

Rio la gente, mientras Joe entregaba a la muchacha un estuche.

—Siéntese con nosotros, amigo —insinuó Bill—. ¿Quiere comer?

Joe sonrió:

—Me vendrá muy bien. Hace unos días… quiero decir unas horas que no pruebo nada.

Ocupó su puesto, y sonrió. El camarero le sirvió unos platos. Bill comentó:

—Lo haces bastante bien, Joe.

—Debí hacerme actor —luego inquirió—: ¿Qué habéis averiguado?

Parnell tomó los cubiertos y comenzó a comer, mientras Jezabel le imitaba. Entonces, habló:

—He entablado contacto con dos falsificadores, y de hecho formo parte de la banda.

Joe le contempló con admiración.

—Pues no vas muy despacio.

—Pide a la central las fichas de un tal Angus Mac Cloyd, de Nils Larsen y de Walter Lawford.

Joe asintió. Luego, siguió diciendo Parnell.

—Averigua por la policía metropolitana lo que sepan de un local, garito, que está en esta dirección. No sé el nombre.

Le entregó un papel, que el otro guardó.

Joe siguió comiendo, mientras contemplaba a Jezabel.

—¿Qué te pareció el agente auxiliar?

La muchacha se ruborizó, mientras Parnell decía:

—Magnífico. Me ha ayudado muy bien. Gracias a ella he conseguido entrar en la banda, porque pronunció muy oportunamente mi nombre —hizo una pausa y agregó—: Ese Mac Cloyd conoce a Pierangelli. Por lo menos asegura haberle tratado en la penitenciaría. Los otros dos son más jóvenes que él. A mí me puso en relación con ellos Nils Larsen. Tienen miedo porque dicen que la policía les va pisando los talones. Se suelen reunir en ese garito. Allí son los amos, y todo el mundo parece dispuesto a obedecerles. No creo que sean propietarios del local.

—¿Qué es lo que te han propuesto?

—Temen estar vigilados y necesitan alguien que les pase los fajos de billetes. Para eso me necesitan a mí.

Joe sonrió.

—Son buenos psicólogos.

—Estoy convencido de que no he conocido aun al jefe, del cual ellos hablan. Sin conocerle y poseer las pruebas contra ellos, no es posible detenerles. Seguiremos viéndonos por aquí, y ya te informaré de lo que descubro.

—Te traeré esos datos en cuanto me los den. Avisa cuando te ordenen meter los fajos en la ciudad o sacarlos, porque así te dejará pasar la policía.

Bill negó.

—Acabarían sospechando. Debo hacerlo con todos los riesgos para que fíen más de mí. Debo averiguar dónde tienen la imprenta que lanza las emisiones falsas. Quizá esté en las afueras de la población, o tal vez en un pueblo cercano.

—¿Por qué lo supones?

Parnell explicó:

—De otro modo, no tendrían tanto interés en introducir los fajos en la ciudad. Si pretenden sacarlos, es que están aquí dentro.

Jezabel intervino entonces:

—El reparto por la ciudad suelen hacerlo por tiendas y por establecimientos. Sacarlo es más fácil que introducirlo. Pueden hacerlo por medio de paquetes en los trenes y en los autos de línea.

Joe la miró asombrado.

—¿Cómo sabes tú eso?

La muchacha sonrió.

—En Hollywood, los extras viven de muchas cosas. Algunos se dedican a eso. Incluso los reparten por allí. No sé de ninguno a ciencia cierta, pero se rumoreaban muchas cosas.

Bill preguntó a Joe:

—¿Qué sabes de Plastiras, el dueño de este local?

—Es griego, llegó aquí hace años, estudió comercio por correspondencia, tiene una gran memoria, y procura ser simpático a todos sus clientes, recordando sus platos favoritos. ¿Por qué lo dices?

—Hemos venido tan solo una vez y nos ha recordado.

—No te preocupes. Es su costumbre —dirigió una mirada a Jezabel, y añadió, bromeando—: Además, tu acompañante está como para no olvidarla nunca.

Ella agradeció el cumplido sonriendo, y Bill comenzó a comer, para no delatar su satisfacción por el agente auxiliar que lo había tocado en suerte.

CAPÍTULO X

Larsen se limitó a decirle:

—Mac Cloyd te espera.

Bill se encaminó hacia allí, sin preocuparse de más. Seguramente continuarían las cosas como hasta entonces y le llamaban simplemente para encargarle algo.

Tomó un *taxi*, y se detuvo ante la casa de vecindad en la que vivía Mac Cloyd. Tomó el ascensor y ascendió.

Mientras, Lawford preguntaba a Angus:

—¿Está todo dispuesto?

—Sí. En cuanto llegue, podrá hacerse.

Walter se rascó la oreja.

—¿NO te parece que es peligroso, tratándose de Pierangelli?

El escocés se encogió de hombros.

—Hemos de asegurarnos. Yo creo que se trata de él, pero, ¿y si no lo fuera?

Lawford, algo nervioso, encendió un cigarro. Se oyó el timbre de la puerta, y Angus le hizo una seña. Walter, más nervioso aun, se dirigió hacía la puerta y la abrió.

—Hola —dijo la voz de Parnell.

Mac Cloyd se puso en pie para recibirle. Él policía se acercó a él.

—¿Qué quieres?

—Siéntate, ya hablaremos. Tengo un *whisky* estupendo. ¿O prefieres chianti?

Parnell no se inmutó. No sabía cuál ora la bebida preferida de Nick, pero dijo:

—Dame primero *whisky*. Luego, veremos lo otro.

Se sentaron los tres en torno a una mesa. Walter mostró su pistola, diciendo:

—¿Qué os parece esta «Lugger»?

Bill la examinó.

—No es mala. Yo he podido hacerme con una similar.

—A verla.

El policía la mostró, entregándosela a Walter. Fue su gran equivocación. Vio cómo se la guardaban, y entonces el escocés le indicó:

—¿Quieres leer este mensaje? Me interesa ver si entiendes la letra.

Bill obedeció, leyendo en voz alta:

«Venga usted enseguida. Me encuentro en un apuro. Soy el enviado de Washington. Estoy en la calle cincuenta, número 3, piso de Angus Mac Cloyd.

Alzó la cabeza, sorprendido, e inquirió:

—¿A qué viene todo esto?

Walter se mostraba más nervioso que nunca, pero Angus le tranquilizó:

—No tiene ninguna importancia. Continuaron bebiendo *whisky* y hablando de mil cosas, pero Bill estaba sobre aviso. De pronto, Walter tomó el teléfono, y dijo:

—El número privado del F. B. I.

Claramente se oyó la voz de la telefonista:

—Dígame.

Lawford tomó un aparato, y lo aplicó al micro-teléfono. Se trataba de un dictáfono. Habla recogido el mensaje que Bill leyera, y entonces iba a repetirlo. Se oyó claramente su mensaje, transmitido al teléfono. Nick fue a ponerse en pie, pero vio en la mano del escocés la pistola que le habían quitado.

—Es mejor que te sientes —advirtió.

Parnell ocupo de nuevo la silla y aguardó. Cuando hubo concluido el mensaje, Lawford colgó el aparato, y ocultó el dictáfono.

—Ya hemos avisado —dijo Angus—. Veremos qué efecto le hace al capitán del F. B. I.

El policía quedó un instante silencioso, contemplando a los dos hombres que le miraban en silencio. Angus empuñaba una pistola, y Walter tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta, sosteniendo otra. No existía escapatoria posible. El mensaje había sido transmitido a la centralilla de la delegación federal, y la empleada lo comunicaría enseguida al jefe, como hacía con todas las llamadas misteriosas. ¿La atendería el jefe, o creería que se trataba de una simple encerronada?

Bill se acarició el mentón. No tenía prueba alguna de que aquellos hombres fueran falsificadores. Tan solo era su palabra contra la de ellos, y aunque lograran arrancarles la confesión necesaria, tampoco se obtendrían pruebas que permitieran detener al desconocido jefe de aquella organización que debía tener ramificaciones en todo el país.

Vio que los dos hombres le contemplaban con fijeza, y sonrió, al

tiempo que encendía un cigarrillo.

—¿Os gustan los juegos, eh?

Mac Cloyd respondió:

—Sí, nos gusta ver cómo acaban los juegos.

Bill comenzó a beber su vaso de *whisky,* sin inmutarse lo más mínimo. Los otros dos le contemplaban con fijeza, mientras resonaba en el silencio de la habitación el tic-tac de un reloj.

Así pasaron algunos minutos. Bill se dio cuenta del nervosismo de Lawford. Este no podía casi contenerse. En cambio, Mac Cloyd se mostraba bañado en serenidad, sin excitarse lo más mínimo.

Parnell no se inmutó. Sabía que de un momento a otro podían entrar en la habitación los agentes del F. B. I., encañonando a sus compañeros con las pistolas. De aquello no podía salir más que el fracaso. Sería preciso hacerles comparecer ante, un tribunal, donde demostrarían que no eran falsificadores. Todos ellos solían tener una serie de profesiones adecuadas para este caso.

Quizá lograran arrancarles la confesión de culpabilidad, pero no podrían detener al jefe, y tampoco acabar con toda la red de falsificadores y distribuidores que se esparcían por todo el país. Era el fracaso, que podía significar su expulsión del F. B. I. o por lo menos su traslado a la policía metropolitana. Tal vez tan solo fuera el traslado a una sección de Panamá o de Hawái, donde nada tuviera que hacer, o bien su pase a oficinas. Pero cualquiera de tales resultados, sería catastrófico para él. Claro que también podía tratarse de una estratagema. Basaban los minutos, y sus compañeros no llegaban. Nunca tardaban tanto en presentarse. No había visto el número de teléfono que marcaba Lawford, y podía haber comunicado con algún amigo, para que él creyera que habían avisado al capitán del F. B. I.

Un gesto o un movimiento sospechoso significarían su muerte y el fracaso completo de la investigación. Todo habría concluido, y la misión que le encomendaron se frustraría, porque el enemigo tomaría nuevas medidas, y ya resultaría imposible capturarles.

También esto pasó velozmente por su imaginación, significaría la muerte de Jezabel O'Brien.

Pero no se movió de su puesto. Debía conservar la calma hasta el último instante y no permitir que sus nervios le traicionaran.

Los dos maleantes le contemplaban en silencio. Semejaba extraña e irreal aquella escena. Generalmente, los lectores de periódicos imaginaban al agente de policía encerrado en un sótano húmedo, rodeado de hombres de torva expresión, que le encañonarían con sus armas. En vez de eso, se encontraba en una

lujosa habitación, del más lujoso edificio de una calle elegante, rodeado tan solo por dos hombres. Uno de ellos semejaba un próspero hombre de negocios. El otro, un muchacho de buena familia. El sol entraba a raudales por las ventanas del piso, dorando los muebles y descubriendo en el aire la danza de las motas de polvo. Los muebles eran elegantes, y no parecía el albergue de unos delincuentes.

Do improviso, rompiendo el silencio y haciendo saltar en su silla a Lawford, restalló un timbrazo. Luego, golpearon a la puerta con furia.

Walter contempló a Mac Cloyd, quien hizo una seña con la pistola.

—Vamos, Nick. Abre.

Bill se puso en pie, con calma, sin excitarse lo más mínimo. A una mirada del escocés, Lawford se incorporó para acompañarle, sin sacar la mano del bolsillo derecho de la chaqueta.

Bill se encaminó hacia la puerta, con paso tranquilo, deteniéndose ante ella. Walter se hizo a un lado, de manera que la puerta al abrirse lo cubriera, y apremió, con voz algo inquieta:

—Vamos, abre.

Los golpes en la puerta y los timbrazos seguían resonando. Parnell descorrió el cerrojo. Dos hombres vestidos de paisano, con los sombreros inclinados sobre la frente y expresión decidida, se hallaban en el umbral.

Bill, sin alterar siquiera el tono de su voz, sin un ligero parpadeo, preguntó:

—¿Qué desean?

Los dos hombros mostraron unos carnets, y dijeron brevemente:

—Policía federal.

CAPÍTULO XI

Bill percibió la tensión que se cernía sobre su espalda. Tanto Angus como Lawford estaban pendientes de sus palabras.

—¿Y bien? —preguntó.

Uno de los agentes manifestó:

—Vamos a celebrar un baile a beneficio de las viudas y de los huérfanos del cuerpo, y desearíamos que nos comprara entradas. Valen un dólar cada una.

—Denme diez —contestó Bill.

Sacó del bolsillo un billete de diez dólares, que les tendió. Los dos policías le entregaron un sobre, y se fueron, dándole las gracias. Parnell les vio descender por la escalera, y cerró la puerta. Luego, se volvió hacia los dos hombres, y les preguntó, sonriendo:

—¿Qué pasa?

Lawford sonrió a su vez, mientras Mac Cloyd dejaba la pistola sobre la mesa.

—Tú ganas, amigo —dijo el escocés.

Lawford apoyó la mano en el hombro de Bill, y comentó:

—Nadie tiene tanta presencia de ánimo para ser un agente, creer que le han descubierto, y no delatarse ante la presencia de unos policías.

En aquel momento volvieron a llamar a la puerta. Walter abrió, y entraron los dos falsos agentes federales. Sonreían, como si hubieran cumplido su cometido a conciencia.

—¿Qué tal lo hicimos? —preguntó uno de ellos.

Parnell se volvió calinosamente hacia el que había hablado.

—Muy bien —contestó—. Casi llegué a creerlo.

Tendió la mano hacia el hombre, y este hizo ademán de estrecharla. Cuando Bill la tomó entre sus dedos, tiró hacia él. Vio como el otro perdía el equilibrio, y con la izquierda le descargó un seco golpe en la mandíbula, derribándole al suelo. Con rapidez se volvió hacia el otro falso agente, y la asestó otro fulminante directo. El maleante se desplomó hacia atrás, y Parnell disparó un terrible puntapié sobre la cara del que yacía en el suelo, y en aquellos momentos se disponía a levantarse. Con un grito de dolor, cayó de nuevo.

Entonces Parnell, antes de que nadie pudiera intervenir, se abalanzó sobre el otro, propinándole un golpe en el estómago.

Cuando su adversario se inclinó hacia adelante, le colocó un gancho en la quijada. El bandido se desplomó, jadeando, como si hubiera perdido la respiración.

Luego, Bill salió sobre la mesa y empuñó su pistola. Encañonó a Walter y a Mac Cloyd, mientras les miraba fríamente. El escocés alzó las manos, sin alterarse demasiado. Pero Lawford comenzó a temblar.

—¡Nick, no cornetas tonterías!

Bill avanzó hacia ellos, manteniendo en alto la pistola.

—Es lo que mereceríais. Que os acribillara a todos y que no dejara a uno solo con vida.

Lawford suplicó, con voz cada vez más trémula:

—¡No te lo tomes así, Pierangelli!

Los dos falsos policías, que iban recobrando el sentido, al oír el nombre tan famoso, contemplaron con terror al joven que empuñaba una pistola. Entre la gente del hampa, se sabía que Nick Pierangelli, con una pistola en la mano, era el amo del mundo.

Bill insistió:

—Os advertí que no me gustaban las pruebas. Se me acepta o se me rechaza, pero no quiero bromas de este estilo.

Tan solo entonces habló Mac Cloyd.

—Debemos comprendernos, Nick. Teníamos miedo de que no fueras tú mismo, sino alguien que intentaba suplantarte. Debes darte cuenta de que representaba demasiada suerte poder contar entre nosotros a Nick Pierangelli.

—¿Y qué?

—Deseamos asegurarnos. Tan solo Nick Pierangelli es capaz de hacer lo que acabamos de ver. Salir libre de cuatro hombres que podían haberle matado.

Bill comprendió que había ganado la partida. Ya no dudaban de él, y, por otra parte, le era preciso continuar con aquella gente.

Bajó la pistola, y dijo:

—La próxima vez que se os ocurra una idea de estas, os acribillo a todos.

Angus bajó a su vez las inanes, y sonrió, proponiendo:

—Vamos a tomarnos un *whisky,* como verdaderos amigos, y luego trataremos de negocios. Pero sin resquemores por parte de nadie.

Parnell guardó la pistola. Lawford ayudó a ponerse en pie a los dos falsos policías, y todos juntos se acercaron a la mesa.

Bill se dio cuenta de la gran serenidad y la gran práctica en estos menesteres que poseía el escocés. Estaba acostumbrado a mandar y

sabía conocer a la gente. Si era cierto que trató a Nick Pierangelli en la prisión, debía tener cuidado, pues era un hombre astuto y desconfiado.

Mientras, Angus llenaba los vasos, manifestando:

—Ya podéis decir por todas partes que no sabéis manejar los puños. Dos hombres y habéis sido vencidos —tendió un vaso a Bill, y añadió, amablemente—: Pero debéis tener presente que este hombre era Nick Pierangelli.

Parnell aceptó el vaso, y Mac Cloyd prosiguió:

—Creo que no os conocéis. Este es Fitz O'Kelly y aquel es Drumond Brown.

O'Kelly, el que golpeó primero, se acercó a estrecharle la mano. Parecía estar asustado aun. Luego, se acercó el otro. Ambos parecían querer hacer olvidar su actuación de minutos antes.

—Son buenos muchachos —comentó Mac Cloyd— y hasta ahora eran invencibles. Siempre aparece un maestro.

Comprendió Bill el deseo de Angus de alabarle para que se olvidara todo posible resquemor. Lawford parecía mucho más aliviado, pero no se había tranquilizado por completo.

Mac Cloyd alzó su vaso, y dijo:

—Por nuestro nuevo amigo, Nick Pierangelli, al que deseamos que esté siempre entre nosotros.

Por fortuna, conocía Bill la vanidad del criminal italoamericano, y tampoco ahora protestó de que se descubriera su nombre.

Bebieron todos de aquel magnífico licor. Lawford ponderó:

—No hay *whisky* como el de tu país… Angus.

Una ligera melancolía se apoderó del escocés, al evocar su tierra. Pero enseguida se rehízo.

—Bueno, ya liemos charlado bastante. ¿Os parece que nos dediquemos a los negocios?

Todos asintieron, y Mac Cloyd les señaló las sillas. Una vez todos se hubieron sentado, Angus explicó:

—Nick ya puede oír las órdenes que os voy a dar, porque es de los nuestros y quiero que vea que tenemos confianza en él. Es preciso que cambies de métodos para esparcir los billetes por la ciudad, y también que empleéis un nuevo medio para enviarlos a las distintas poblaciones. La policía sospecha mucho, y es preciso tenerlo en cuenta. El F. B. I. es un enemigo peligroso. Larsen seguirá encargándose de los marinos, porque en eso se defiende muy bien. Pero tú, Lawford, has de idear un nuevo método para repartir los fajos. Vosotros dos, cambiad de tiendas y de manera de actuar.

—No tenemos dinero que repartir.

Angus sonrió.

—Ahí entra nuestro nuevo amigo Nick. Él se encargará de proporcionárnoslo.

Bill prestó atención.

—Es preciso —continuó diciendo el escocés— que introduzcas en la ciudad un cargamento de billetes. Deberás recogerlos de un pueblo cercano a Los Ángeles, y traerlos en coche hasta aquí. Se trata de casi cinco millones de dólares. Si te registran el coche estás perdido, y ten presente que es posible que haya policías en las entradas. Pero te va a valer veinte de los grandes el trabajo, y no de los nuestros, sino de los que hace la firma competidora: el gobierno de los Estados Unidos.

Bill quiso saber:

—¿A qué pueblo he de ir a recoger el dinero? Mac Cloyd respondió:

—Ya te lo diremos cuando debas partir.

Parnell dejó el vaso sobre la mesa, y contempló enfurecido a sus compañeros.

—¿Tenéis confianza en mí o no la tenéis? Quiero saber dónde debo ir a buscar el dinero o no contéis conmigo. Nick Pierangelli no es un chivato.

Hubo un movimiento de malestar entre los hombres allí, reunidos. Todos se volvieron al escocés, quien dijo, sonriendo de una manera forzada:

—Está bien, te lo diré. Debes ir a Huntington. Y una sugerencia: Sería mejor que te acompañara tu chica.

Bill torció el gesto.

—No me gusta meter a las mujeres en negocios serios.

—Pero una pareja resulta menos sospechosa que un hombre solo.

CAPÍTULO XII

El coche avanzaba por la carretera, iluminada por la fantástica luz de la luna. La recta pista se extendía entre el paisaje oscuro que se alzaba a ambos lados. Los árboles y las viviendas parecían pertenecer a un mundo irreal, mientras en el auto, un agente, del F. B. I. y una artista se dirigían hacia Los Ángeles para introducir en la ciudad dinero falsificado.

Procedían de Huntington, y avanzaban por la carretera sin el menor tropiezo. Algunos motoristas de la policía de tráfico les habían pasado, sin prestarles la menor atención. Iban a una velocidad normal y nadie podía preocuparse de una pareja que avanzaba tranquilamente, como si regresaran de alguna fiesta familiar.

Ninguno de los dos hablaba. Estaban ambos demasiado nerviosos, y las miradas se mantenían fijas en la blanca cinta de la carretera.

Antes de salir para aquella población, habían hablado los dos jóvenes de la tarea que se avecinaba. Jezabel se mostró de acuerdo desde un principio.

—Haré todo lo que sea necesario.

—Nunca creí, al hacer mi juramento de policía, que iba a llegar un momento en que me vería obligado a colocarme fuera de la ley y a ayudar a les maleantes, contra mis compañeros de cuerpo.

En Huntington había visitado una alquería, donde llamaron por tres veces. Un campesino de expresión cruel les abrió, entregándoles varias cajas que cargaron en el coche. Luego, pusieron el «Pontiac» en marcha.

Avanzaron por la carretera, sin dirigirse la palabra. Bill quería mantener fijas en su mente las señas de la alquería, sin escribir nada, para que no pudieran hallarlo los bandidos.

Luego, contempló a la muchacha, y le preguntó:

—¿Asustada?

Jezabel negó, sonriendo.

—Algo nerviosa.

—Pronto llegaremos, y esto se habrá acabado.

Siguieron adelante, sin apresurarse, para no llamar la atención a los policías del tráfico de carreteras. Junto a ellos desfilaban las alquerías y los poblados minúsculos que se alzaban junto a la

carretera, algunos con las luces aun encendidas en las casas, a pesar de ser altas horas de la noche. En ellas la vida continuaba normalmente, sin demasiadas preocupaciones, una existencia plácida que estaba vedada para los hombres del F. B. I.

Ellos se encontraban siempre separados de la vida normal de las gentes, velando para que esta existencia no dejara de serlo, y su sacrificio era ignorado por todos.

La muchacha tomó un cigarrillo, y lo encendió. Luego, preguntó a su acompañante:

—¿Quieres fumar?

Bill asintió. La muchacha encendió un nuevo cigarrillo, y se lo entregó al joven.

—Gracias —dijo este.

Siguieron avanzando por la carretera envuelta en sombras, que tan solo la pálida luz de la luna clareaba.

A lo lejos, surgieron las luces de Los Ángeles. Se veían los anuncios luminosos de los cines y de los distintos productos que los comerciantes ofrecían a la ciudad. También se advertían los faroles del alumbrado público, arrancando destellos del asfalto, por dónde circulaban miles de coches. Entre aquellos hombres que llenaban las avenidas de la ciudad más poblada de California, se encontraban los maleantes contra los que debía luchar Bill.

Y uno, ignorado por todo el mundo, era el jefe de la gran cadena de falsificadores que se extendía a lo largo de todo el país.

Ya cerca de los arrabales, Bill advirtió a la muchacha:

—Cuando yo te avise, tiéndete en el suelo. Pueden empezar a disparar.

Jezabel le miró, algo asustada.

—¿Es que van a atacarnos?

—La policía puede registrar los coches a la entrada de la ciudad. No puedo exponerme a ello.

—¿Y si les enseñas tu placa de identidad?

—Sería peor, porque a Mac Cloyd le extrañaría que me dejaran pasar. Además es muy astuto y puedo estar espiándonos. Más vale que me arriesgue.

Jezabel nada objetó.

El coche fue avanzando hacia la entrada de la ciudad. En la carretera se veían unas siluetas uniformadas, que enfocaban unos faros hacia los coches. Bill vio cómo pedían la documentación al conductor del que les precedía.

Se volvió hacia la muchacha, ordenándole:

—En cuanto acelere, haz lo que te he dicho.

Jezabel, muy pálida, asintió. Bill no daba muestras de inquietud. El coche que les precedía continuó su marcha, una vez hubo demostrado que su documentación y su cargamento estaban en regla.

Un policía les hizo seña de que avanzaran. Bill obedeció, lentamente. En la carretera se veían seis hombres de uniforme, armados con revólveres Junto a una tapia había dos motocicletas y unos agentes de tráfico. También se hallaba un coche negro de la policía.

El automóvil de Bill avanzó lentamente hacia el lugar donde iban a pedirle la documentación. El sargento de la policía y los dos guardias se hicieron a un lado, esperando que se detuviera. En realidad, una pareja que regresaba de noche a Los Ángeles, no parecía demasiado peligrosa.

De improviso, Bill pisó con fuerza el acelerador, y gritó:

—¡Jezabel, al suelo!

El «Pontiac» partió como una flecha. El sargento se echó hacia atrás, para evitar ser atropellado, mientras los demás policías lo imitaban. Parnell se internó por la carretera, convertida ya en una calle de la ciudad. Oyó los silbatos de la policía y los disparos de sus armas. No se inmutó. Siguió aferrado al volante, avanzando siempre como si de ello dependiere su vida.

Luego, dobló por una callejuela lateral, mientras a lo lejos sonaban las tan familiares sirenas de los coches y de las motos de los agentes.

Continuó adelante, buscando una maneta de esquivar la persecución. Quizá no habrían tenido tiempo de tomar la matrícula del coche, pero era preferible no exponerse.

Vio a su espalda, reflejados en el espejo del coche, los faros de los vehículos que le perseguían, y sonaron con más insistencia las sirenas de la policía.

Bill giró, tomando la primera bocacalle. Luego se internó en el laberinto de las vías ciudadanas.

Salió a una amplia avenida y pisó de nuevo el acelerador. Las sirenas se oían con más insistencia, cada vez más cercanas. Con seguridad habían comunicado a todos los coches de patrullas las señas del suyo, poniendo tras él toda la máquina policial de la ciudad.

Procurando ganar terreno a los coches perseguidores, sonrió, pensando que eran sus propios compañeros. Mantuvo el pie en el acelerador, Los faros de la policía iban quedando atrás, pero no se le despegaban. Era preciso conseguirlo, pues de otro modo no

lograría entregar el dinero.

Abandonó aquella avenida. Las ruedas chirriaron el tomar la curva, y el coche saltó. Las sirenas habían puesto en movimiento toda la población.

Continuó adelante, hasta llegar a un descampado. Allí debía encontrarse con los hombres de Mac Cloyd. Vio una valla de madera y avanzó junto a ella hasta llegar a una puerta. Con rapidez entró, y detuvo el automóvil. Dos sombras avanzaron hacia él. Eran O'Kelly y Brown.

—¿Dónde están?

—En el asiento trasero.

Los dos hombres trabajaron con rapidez, acuciados por las sirenas, cada vez más coreanas. Jezabel y Parnell habían saltado a tierra. Los otros hallaron los tres paquetes, y cargaron con ellos.

—Ahora, huyamos.

Protegidos por las sombras de la noche, huyeron a toda prisa, abandonando allí el coche para que la policía descubriera que se trataba de un vehículo robado.

CAPÍTULO XIII

Bill se arregló la corbata del *smoking,* y llamó a la puerta del dormitorio de Jezabel.

—Pasa —respondió la voz de la muchacha—. Estoy enseguida.

Parnell entró, en la habitación, encendiendo un cigarrillo. Sobre una mesita se veía una botella de *whisky* y dos vasos. Llenó uno de ellos, y comenzó a beber, procurando vencer sus preocupaciones Larsen y Mac Cloyd le habían felicitado por el éxito de su expedición. Larsen, como el joven supuso, lo había presenciado todo, desde uno de los bares cercanos.

Habían quedado entusiasmados con la hábil maniobra de Bill, que ante sus ojos se expuso a la muerte. Podían descansar durante mucho tiempo, pues los cinco millones significaban una buena fuente de ingresos. A Parnell le entregaron los billetes que le prometieron, sin discutir.

Luego, Mac Cloyd le dijo:

Ven con tu chica mañana por la noche a mi piso. Bien vestidos los dos. Daré una fiesta.

Pero nada el habían hablado de presentarle al jefe, y esto era lo más importante. Sabía exactamente cuál era la alquería de Huntington donde recogiera el dinero. Ahora le hacía falta desenmascarar al jefe y entregarlo a la policía.

Jezabel salió de su ropero, sonriendo. Bill sintió que algo le anudaba la garganta. La muchacha vestía un traje negro, muy ajustado al cuerpo, que dejaba los hombros desnudos. Se había recogido el cabello, y lucía dos largos pendientes de oro, un sencillo collar y unos guantes hasta el codo. Nunca la había visto tan hermosa.

Se acercó a él, y le dijo:

—Cuando quieras, nos vamos.

Salieron a la calle y tomaron un *taxi.* En casa de Mac Cloyd les recibió este en persona, destilando cordialidad y simpatía.

Al ver a la muchacha, exclamó:

—¡Cómo vamos a odiar a Nick esta noche!

Larsen, Lawford, O'Kelly, Brown y unos cuantos más, con sus parejas, bebían y cantaban. Otros bailaban por los salones a los acordes de una gramola eléctrica. Una muchacha tocaba el piano y dirigía a los cantores. Muchos de aquellos seres eran

completamente desconocidos para los recién llegados.

Dos muchachas morenas exclamaron, señalando a Bill:

—¡Vaya buen mozo!

—Pero va acompañado.

Un hombrecillo, borracho perdido, forcejeaba con otro amigo, diciendo:

—Esa chica del vestido negro me gusta mucho. Voy a pegarle en la nariz al berzotas que la acompaña.

—Hazlo —indicó su amigo—. Hazlo, y verás lo que ocurre. ¿Sabes quién es ese berzotas?

Le habló al oído, y el otro dio un respingo.

—Necesito aire fresco. Estoy nervioso.

Larsen y sus compañeros acudieron con presteza al encuentro de Bill, estrechándole la mano con ruidosa alegría. Todos contemplaban a la muchacha, con envidia o con admiración.

Mac Cloyd advirtió:

—Hemos de dar una copa a nuestro invitado de honor.

Se retiraron a un saloncito, y tomó una botella de champaña, llenando varias copas.

Alzó la suya, y dijo:

—Por nuestro inapreciable Nick.

Todos alzaron sus copas, y repitieron el brindis. Bill y Jezabel les imitaron, bebiendo alegremente. Larsen sonrió.

—Deberíais haberlo visto. Yo pude hacerlo. Estaba en una cantina cercana, para ayudarle en caso necesario —se apresuró a añadir—. Los policías detuvieron un coche, y lo examinaron con atención. Había diez o doce por lo menos, un coche y dos motoristas. Vi entonces el coche de Nick que se acercaba y se detenía. Luego, cuando le llegó el turno, avanzó con mucho cuidado, y de pronto, ¡zas! Se lanzó hacia adelante, arrancando como una flecha. Comenzaron a disparar de un lado y otro, pero ya era inútil. Arrancaron los motoristas y el coche, pero Bill pudo esquivarlos a todos.

—Consiguió entregarnos el dinero, sin que la policía pudiera darnos caza —observó O'Kelly.

Jezabel contempló con fijeza a Larsen.

—Pues tu ayuda no la vimos por ninguna parte.

Nils quedó algo confuso, mientras los demás reían. Mac Cloyd dijo en aquel momento:

—Ahora, brindaremos por nuestra heroína.

Bebieron nuevamente, y Angus agregó:

—A bailar todo el mundo. Incluso yo voy a hacerlo.

Salieron al salón más grande. Bill enlazó a Jezabel por la cintura, y se lanzó a la pista. Sentía su cuerpo flexible y joven entre sus brazos, y su perfume le aturdía No pudo contenerse y ponderó:

—Estás preciosa.

Jezabel alzó la vista, y respondió, con cierta burla:

—¡Vaya, el frío Nick va a resultarnos un conquistador!

Bill parpadeó. Le parecía ver claro el sentido de aquella frase. No eran más que aliados en la persecución de un criminal, y entre ellos no podían existir otra clase de relaciones. Debía hacerse a esta idea, y no salir jamás de ella. ¿Quién podía decir si Jezabel tenía novio o si existía algún pretendiente con el que esperaba casarse, cuando hubiera acabado todo aquel lío? Sintió el joven un estremecimiento, al decirse que el novio que ella pudiera tener no había sido lo bastante hombre para ayudarla en aquel trance, pero sin embargo ella seguiría amándole.

Debió reconocer que su oficio era perseguir criminales y verse mezclado en aquellos jaleos. Por tanto, no tenía ella por qué agradecerle lo que estaba haciendo.

La fiesta iba adquiriendo gran animación El alcohol y la música despertaban en aquellos hombres, situados al margen de la ley, en contra de la sociedad, una alegría brutal y desquiciada.

Bailaban las danzas más modernas, imitadas de los negros de Harlem, agitando todo el cuerpo y haciendo visajes con la cara.

Una muchacha, la morena que antes admiró a Bill, se acercó al lugar donde Parnell y Jezabel bebían, charlando con Mac Cloyd y con Larsen.

Aceptó un trago y dijo a Jezabel:

—Es un bonito vestido el que llevas.

—No está mal.

La contempló de nuevo, y agregó:

—Debe ser muy caro ese collar. Se nota que habéis recibido unos buenos billetes.

Jezabel, sin sospechar lo más mínimo, respondió:

—Hace mucho tiempo que lo tengo. Lo compré en una casa de imitaciones.

La muchacha morena la contempló estupefacta.

—¿Quieres decirme que no te ha regalado nada? Jezabel comprendió su equivocación, y añadió:

—Aun no hemos tenido tiempo.

—Oye —agregó la otra—, ¿estáis peleados?

—No. ¿Por qué?

La morena hizo un gesto de sorpresa.

—Os veo tan serios… ¿Es que el valiente Nick tiene vergüenza?

Había hablado en voz muy alta, atrayendo la atención de todos los demás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Larsen.

La muchacha rio:

—Que el valiente Nick tiene vergüenza de mostrarse cariñoso con su chica, delante de nosotros.

—Es verdad —convino uno de los invitados—. Vamos, hombre, bésala. ¡Si yo estuviera en tu lugar…!

Parnell sintió que enrojecía, y contempló a Jezabel, que se mordía les labios. Mac Cloyd intentó desviar la cuestión.

—Dejadles tranquilos. Pueden hacer lo que gusten.

Pero la bebida les había nublado el cerebro, y no se comportaban normalmente. El que habló primero, insistió:

—Vamos, Nick, ¿es que tienes miedo?

Bill comprendió que debía cambiar de actitud. Además, a Pierangelli, como buen mediterráneo, le gustaban mucho las mujeres.

La enlazó por la cintura, y la atrajo hacia sí. Jezabel no se opuso, pasándole los brazos por el cuello. Luego, sus labios se unieren con pasión.

Durante toda la noche, el recuerdo de aquel beso mantuvo en tensión a Bill. Pero estaba seguro de que Jezabel no había hecho más que cumplir con su obligación, y que para nada intervino el sentimiento en todo aquello.

Parecía sentirse molesta, porque ni una sola vez sus pupilas se encontraron, como si ella deseara evitarlo.

CAPÍTULO XIV

El café «Plastiras» se veía como siempre lleno de animación. En las mesas se sentaba un público algo heterogéneo, pero bastante bien vestido. Muchos de ellos comían con el sombrero puesto, y algunos se habían despojado de la chaqueta. En el mostrador, las camareras servían Coca-Cola y «perros» calientes.

Los dos jóvenes se sentaron a una mesa, y Bill sacó un paquete del bolsillo, depositándolo con cierta timidez sobre el mantel.

—Toma, Jezabel.

La muchacha le miró, intrigada.

—¿Qué es esto?

Parnell se sentía avergonzado como no lo había estado desde que acudió a su primera cita. Hizo un ademán de excusa, indicando:

—Ábrelo.

Jezabel obedeció, descubriendo un estuche. Contempló un instante a Bill, y lo abrió. En el centro se veía una pulsera costosa. Las mejillas de la muchacha enrojecieron, y miró a Parnell.

—Pero, Nick, esto te ha costado mucho. Lo menos mil dólares.

—Es tú regalo, por haberle expuesto aquella noche.

—No lo puedo aceptar. Es demasiado caro, y, además, es dinero poco honrado.

Parnell negó con la cabeza.

—La prima que me darán será bastante crecida, y además, ya se supone que yodo el dinero que obtenga en estos casos me ha de servir para mantenerme. Además, recuerda que se extrañarían si no lo hiciera.

Jezabel sonrió, tendiendo la mano hacia él.

—Te lo agradezco mucho, Nick. Es la primera joya auténtica que poseo en mi vida. Pónmela tú mismo.

El joven la tomó, cerrándola en torno a la fina y satinada muñeca de Jezabel. Luego, le estrechó la mano, murmurando:

—Eres una gran chica.

Antes de que los dos jóvenes pudieran añadir palabra, oyeron la voz familiar de Joe Dos Santos, que recorría las mesas, con su inseparable caja de madera. Saludó a Plastiras, estrechó la mano de una muchacha, y ofreció sus productos a una pareja. Él no tuvo más remedio que comprarle un fresco de perfume. Luego, Joe se

encaró con el policía y a la muchacha.

—¡Ah, mis amigos! —exclamó. Estrechó calurosamente sus manos, y preguntó—: ¿Me permiten que me siente? Hoy les invito yo. He ganado algún dinero.

Dejó la caja en el suelo y pidió unos platos. Luego, se volvió hacia Bill y Jezabel.

—¿Qué tal os va?

Siguió charlando hasta que le sirvieron el primer plato, y luego comenzó a devorar comida, como si hiciera días que no probara bocado.

De pronto, en voz baja, advirtió:

—Tengo la ficha de Mac Cloyd.

Bill inquirió:

—¿Qué dice? Prefiero no leerla.

—Debe ser nuestro personaje. Se llama Angus, y es natural de Glasgow. Llegó aquí hace años y se mezcló en asuntos sucios. Estuvo preso en Nueva York, por robo. Después, salió en libertad y oficialmente se dedica a las importaciones de *whisky*. No ha vuelto a cometer un solo delito.

—¿Dónde cometió el robo?

—En Detroit. Le capturaron por casualidad. Lo tenía todo magníficamente preparado, y se dirigía a tomar el tren cuando fue reconocido. Así y todo, el defensor consiguió que tan solo le cayeran unos años. Durante la guerra, se ofreció como voluntario, y fue aceptado. Luego, siguió en libertad.

—¿Con quién tiene tratos comerciales?

—Con la casa «White Morse» y con Johnny Walker, de Escocia.

—Me refiero a este país.

—No lo sé, pero se puede averiguar.

—Hazlo, porque estoy seguro de que forma parte de la banda de monederos falsos. También es preciso que averigües, sin despertar sospechas, quién es el propietario de la alquería que se encuentra a las afueras de Huntington, en la carretera de Santa Ana.

Joe le miró extrañado:

—¿Qué ocurre allí?

Bill y Jezabel se miraron, y sonrieron.

—De allí se recogió una partida de billetes falsos. Unos cinco millones de dólares.

Joe abrió la boca, sorprendido:

—¿Qué dices? ¿Cómo lo sabes?

Los dos jóvenes volvieron a sonreír.

—Porque fuimos nosotros quienes lo recogimos y lo metimos en

la ciudad.

Dos Santos preguntó:

—¿Fuiste tú, entonces, el que entraste a toda velocidad por el control, y esquivaste a los que te perseguían?

—Sí, nosotros mismos.

Joe rompió a reír.

—No sabes lo furiosos que están. Piensan revolver toda la ciudad buscando al que robó aquel coche. No debisteis exponeros de esa manera.

—Es parte de mi trabajo.

En aquel instante, Jezabel advirtió:

—La policía.

Volvieron los dos hombres la cabeza, para ver cómo se detenía ante la puerta un coche oficial, del que descendían tres agentes de paisano. Los dos guardias que vigilaban por allí, se apresuraron a acercarse.

Bill advirtió:

—Es preciso salir de aquí. No tengo la documentación en regla.

Joe preguntó a Jezabel:

—¿La tienes tú?

Ella asintió.

—Siéntate a mi lado, y diremos que no conocíamos a Bill.

—¿Y el personal de la casa?

—Nunca sabe nada de nada.

Parnell se puso en píe, como si fuera a dirigirse al lavabo, y avanzó hacia el mostrador. Se dio cuenta de que las miradas de la policía se hallaban fijas en él. Sin excitarse lo más mínimo, siguió adelante, hasta llegar a una amplia ventana abierta, que daba a la calle.

Se volvió con presteza, y saltó por ella, derribando a unos clientes. Oyó un grito a su espalda y una voz de alarma. La policía había advertido su fuga, y se lanzaba en su persecución. Echó mano a la pistola en cuanto cayó a la acora. Luego se puso en pie, mirando a ambos lados, y echó a correr.

Oyó los silbatos de los guardias y el rumor de sus pisadas en rápida carrera. Los transeúntes se detenían para contemplarle. Algunas mujeres que veían la pistola, chillaban asustadas.

Bill torció por la primera bocacalle y avanzó a través de grupos de muchachos. Los silbatos de los guardias habían alterado la tranquilidad de la barriada.

Enfiló una portería, escalando los peldaños a toda prisa. Hasta él llegaban las voces de la calle:

—¿Qué ocurre?

—Van persiguiendo a uno.

—Ahí vienen los guardias.

Bill llegó al terrado, pero ya se oían en la escalera los pasos rápidos de los policías. Avanzó a toda prisa, saltando al terrado contiguo, y de allí al otro. Luego, descendió por una escalera que vio abierta, y llegó a la calle, que aparecía tranquila.

Echó a andar, arreglándose el traje. Había perdido el sombrero y entró en la primera tienda a comprarse uno. Nadie le molestó. Pero se sentía nervioso. Aquellos incidentes podían ser la cause de que todo se hundiera, cuando estaba a punto de alcanzar el triunfo. Pediría a Mac Cloyd una documentación falsa, pues prefería no emplear la que le diera el capitán del F.B.I. para no inspirar sospechas.

Tomó un roche, dirigiéndose hacia su hotel.

CAPÍTULO XV

Jezabel le abrió la puerta, demostrando nervosismo.

—¿Te han detenido?

—No. Todo fue bien. Conseguí despistarles —sonrió, añadiendo —: Llego a sentirme un verdadero criminal.

La muchacha se pasó una mano por la frente y se sentó. Bill fue a su lado.

—¿Cómo os ha ido a vosotros?

—Bien. Joe juró y perjuró que no te conocía, y las camareras dijeron que no se habían fijado en ti. Todos creyeron que Joe y yo íbamos juntos.

Parnell le tomó una mano, para tranquilizarla. Sintió como se estremecía al contacto de sus dedos, y la miró a los ojos.

—¿Estabas muy asustada?

Jezabel asintió, bajando la vista.

—Ya ves que todo ha salido bien.

—Estaba segura de que podrías arreglarlo, pero…

En aquel momento llamaron a la puerta. Parnell se puso en pie, y se acercó a ella. Si era la policía, no tendría más remedio que darse a conocer, confiando en que los falsificadores no se enterarían.

Se trataba de Larsen, que entró muy agitado.

—¿Te ha ocurrido algo? Sé que la policía va por ahí pidiendo documentaciones y deteniendo a los sospechosos.

—Sí, por cierto —contestó Parnell—. Estaba comiendo en «Plastiras» y llegaron los «pies planos»[2]. Tuve que salir de estampía.

—¿Y tú? —preguntó Larsen a la muchacha.

—Me quedé allí. Tenía todos los papeles en regla. No me molestaron. Dije que no conocía a Nick.

Parnell añadió:

—Un tipo que vende corbatas nos ayudó. Creyó que iba a conquistar a Jezabel. Pero no puedo continuar así —siguió diciendo —. Necesito proveerme de documentación.

Nils se rascó la barbilla.

—Es lógico. Creo que podremos arreglarlo.

Por la tarde, el teléfono advirtió al joven que aquella noche le irían a buscar. Estuvo dispuesto, y al sonar la hora fijada, se despidió de Jezabel.

—Hasta luego.

La muchacha le estrechó la mano con fuerza, murmurando:

—Cuídate. Tengo mucho miedo.

Bill salió a la calle, dirigiéndose hacia la esquina en la cual quedaron citados. Un coche con los faros apagados, le aguardaba. Se acercó con precaución, empuñando la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

—Somos nosotros —advirtió la voz de Mac Cloyd. Subió al coche, que se puso en marcha.

—Temí que fuera la «poli» —dijo a modo de excusa.

—Menudo jaleo has armado —comentó el escocés—. Todos los periódicos andan preocupados contigo. Te han asociado con Nick Pierangelli, de modo que la policía hará todo lo que pueda por cazarte.

—Por esta causa, necesito una documentación falsa.

—A eso vamos.

Bill les contempló. Parecían nerviosos, como si algo les inquietara. Siguieron adelante, hasta llegar a un amplio edificio. Habían dado muchas vueltas, y estaba desorientado. ¿A dónde le llevaban?

Se detuvo el coche, y Mac Cloyd, le invitó:

—Apéate.

Descendió el joven, seguido por Mac Cloyd y por otro individuo al que no conocía, pero cuyo aspecto le identificaba como a un pistolero.

Entraron en el edificio y avanzaron hacia el fondo de un pasillo, donde se alzaba una puerta acolchada. Mac Cloyd le ordenó:

—Espera.

El joven sacó un cigarrillo, y ofreció otro al pistolero que le contemplaba entre nervioso y admirativo.

—Gracias. ¿Tú eres Nick Pierangelli?

Bill sonrió.

—Por lo visto, aquí no se puede guardar un secreto.

Mac Cloyd salió, indicándole:

—Pasa.

El joven arrojó el cigarrillo y penetró en una habitación completamente a oscuras. La luz que entró por la puerta, convirtió la oscuridad en penumbra, pero al volver a cerrar el escocés, la estancia quedó como antes.

Una voz sin matices, fríamente estudiada, ordenó:

—Acercaos.

Mac Cloyd le tomó del brazo, guiándole hasta que llegaron a

unas sillas.

«Debía conocer bien aquella habitación», se dijo el joven. Sentáronse, y de improviso un foco les hirió la vista. Ambos parpadearon hasta que se acostumbraron a aquella potente luz. Pudo entonces distinguir el joven que se encontraban en una sala de no muy grandes dimensiones y paredes lisas, y en la que tan solo había unas sillas en torno a una mesa, donde se encontraba el foco.

Tras él estaba el que había hablado. Su voz volvió a sonar.

—¿Quién es este hombre?

—Ya le había hablado de él —dijo Mac Cloyd—. Se trata de Nick Pierangelli.

—Tu nombre ya me era familiar, pero tan solo había visto fotografías tuyas. Te hubiera reconocido fácilmente. Has prestado buenos servicios y deseo que sigas con nosotros.

—Le hemos pagado bien —observó Mac Cloyd— como usted nos ordenó.

—¿Estás conforme con el trato que te han dado?

—Ahora, sí —contestó Parnell—, poro al principio me hicieron una jugarreta, y esto me molestó. Yo no soy un soplón ni un aficionado.

La voz manifestó:

—Lo sé, pero debíamos asegurarnos. Hay mucha competencia, no solo por parte del Estado, sino de bandas rivales que pretenden quitarnos la supremacía.

Este dato sorprendió a Bill, que nada sabía de ello. Muchas veces las bandas preferían solucionar sus problemas a tiros, sin dejar entrever sus rivalidades a la ley.

—Trabajaste bien e introdujiste en Los Ángeles el dinero de la única manera que era posible. Gracias a ti, hemos cubierto una etapa importante. Quiero que estés satisfecho de nosotros, y te entregarán otra cantidad igual a la que antes recibiste. Luego, deberás encargarte de otro trabajo.

—¿Más dinero? —preguntó Bill.

—No —respondió el invisible jefe—. No debería decírtelo, poro creo que has demostrado que se puede confiar en ti. Es preciso matar a un hombre que nos molesta. Un tal Logan, que posee un restaurante. Pero ya hablaremos de esto —hizo una pausa, y añadió —: Esa muchacha que te acompaña, parece decidida. Quiero que también le hagan un regalo, porque se expuso. Hoy ha sabido comportarse bien, según me ha dicho Mac Cloyd. Simuló no conocerte, y se dejó conquistar por un vendedor ambulante.

Bill asintió.

—Ha sido una buena treta.

Parnell expuso entonces su petición:

—Necesito una buena documentación, para no verme metido en estos bretes. Toda la policía del país anda detrás de mí, y no quiero perjudicaros a todos, como ocurriría si me detuvieran.

—Lo comprendo —dijo la voz—. Mañana tendrás la documentación con tu fotografía. Será un nuevo regalo mío. Ten presento que valen mil dólares.

Pero Bill no había escuchado esto último. Su mirada se encontraba pendiente de una mano que había aparecido en el círculo de luz, como si se tratara de un animal vivo, sin relación con el resto del cuerpo, que se agitaba nerviosa, golpeando la mesa con el dedo índice. En este resplandecía un gran anillo, adornado con una esmeralda. La mano tenía una amplia cicatriz en el dorso, como el que podría causar una cuchillada.

—¿No sería mejor que cambiara de hotel? —preguntó Parnell.

Deseaba oír de nuevo aquella voz, para procurar identificarla más tarde.

—Quizá, sí.

—Si me detuviera la policía, diría que acabo de llegar a la ciudad, y en el hotel lo asegurarían.

—Eres inteligente. Debes tomar el tren en Pomona, y regresar a Los Ángeles. Luego, te dirigirás a un hotel cualquiera, y allí te establecerás.

—De acuerdo.

—Adiós, Nick. Mac Cloyd te dará el dinero para ti y para tu chica. Mañana, recibirás la documentación.

Volvieron a salir, tomando el coche, que se alejó de allí. Parnell no pudo distinguir el lugar donde se encontraban.

CAPÍTULO XVI

Joe detuvo su coche, y contempló las afueras de la ciudad. Huntington era un pueblo del Oeste, igual que todos los demás. A ambos lados de la amplia carretera que hacía las veces de calle mayor, se extendían las casas de madera, con amplios porches, rodeadas de jardines y pintadas de blanco. Un puesto de helados, un almacén y una cantina, junto al surtidor de gasolina, eran los establecimientos indispensables. En las otras calles del pueblo se encontraban otros parecidos, y también figurarían unos cines y unos salones de baile.

Algunos desocupados haraganeaban junto al surtidor de gasolina y en la puerta de la cantina. Grupos de muchachas pelirrojas, con largos pantalones y chaquetas, paseaban junto a jovencitos despeinados, que lucían ropas parecidas.

Joe había enfilado la carretera de Santa Ana, y se encontraba ya ante la última casa, donde Bill le indicara que había recogido el dinero. Pero aquella casa parecía estar deshabitada. Las puertas y ventanas se veían cerradas herméticamente, y el jardín estaba abandonado.

Dirigirse directamente hacia ella, podía despertar sospechas. Era preciso proceder con cautela. Detuvo el coche, estacionándolo a la sombra de un árbol, y tomó su muestrario, encaminándose hacia otra vivienda, en cuyo porche, una muchacha joven y no mal parecida, cosía unos calcetines.

Se detuvo ante la valla del jardín y exclamó, con su mejor sonrisa:

—¡Buenos días, señorita California! ¿Puedo pasar?

La muchacha alzó la cabeza, sorprendida.

—Soy señora —luego agregó, ruborosa—: Hace un mes que me casé.

Joe entró en el jardín, diciendo:

—Entonces, llego a tiempo. Es el momento en que usted me va a agradecer lo que yo le traigo.

La muchacha contempló asombrada al policía, preguntándole:

—¿Qué es lo que trae?

Joe depositó la caja de madera sobre la mesa, y la abrió.

—Aquí tiene todo cuanto usted puede necesitar. Una muchacha tan hermosa como usted, no necesita adornos, pero si la ve su

afortunado esposo con lo que yo voy a venderle, se volverá más loco todavía.

En aquel momento, una voz masculina rugió:

—¿Con quién hablas, Maggie?

Maggie se volvió para saludar a un granjero desgarbado y pelirrojo, que avanzaba hacia ellos, con expresión torva.

—Pichoncito —dijo la muchacha—, mira qué cosas más bonitas ha traído este hombre para tu Montoncito de Azúcar.

El granjero contempló la caja de Joe, que se apresuró a indicar:

—Vea todo lo que puede ofrecer a su hermosa dama, y piense en la envidia que dará a todos sus vecinos, el día de la fiesta nacional.

Maggie se apoyó en el hombro de su marido, y preguntó, muy melosa:

—¿No quiere comprarle nada Pichoncito a su Montoncito de Azúcar?

«Pichoncito» examinó las muestras, y decidió que, en efecto, podía comprar algunas cosas. Joe preguntó entonces, señalando la finca que le interesaba:

—¿No están los dueños de aquella casa?

Maggie se volvió asombrada.

—En aquella casa no vive nadie desde hace cinco años.

Joe la contempló con estupor.

—Es raro —comentó—. Un compañero mío me habló de la última casa de Huntington, en la carretera de Santa Ana.

—Se debió equivocar —afirmó el granjero—. Hace años que está deshabitada.

Maggie añadió:

—Pero la otra noche me pareció oír gente. Se paró un coche, y oí voces.

* * *

Joe refirió a Bill lo que había descubierto en Huntington. Estaban en el café «Plastiras». Jezabel aún no había llegado.

—Pues era la última casa, por lo visto —comentó Parnell—, pero no es allí donde tienen la imprenta. Estamos desorientados otra vez.

Dos Santos sé apoyó en la mesa, y preguntó:

—¿No te expones demasiado al volver aquí? Bill negó con la cabeza.

—Creo que no. Además, necesito averiguar quién es Logan.

—¿Por qué lo preguntas?

Bill explicó su entrevista con el misterioso jefe de los bandidos, y

agregó:

—No me lo quisieron decir, pero algo tendrá que ver con la falsificación de los billetes.

Joe sonrió, encendiendo un cigarrillo, después de invitar a Bill.

—Mira, el otro día la policía no nos permitió seguir hablando, pero ya he descubierto quién es el propietario del garito que me dijiste. Se llama Logan. Y fíjate en que también su apellido comienza con L.

Parnell parpadeó.

—Cada vez esto parece más complicado. Un hombre que muere, una inicial, varios individuos de la banda que tienen esta misma inicial, y un jefe a quién no se ve la cara.

Joe advirtió:

—Será mejor que no vuelvas por aquí. Te podrían detener. Ya averiguaré si existe el dueño de algún restaurante que se llame Logan. Haz que Jezabel llame al F. B. I. de parte de mi tía, dándome una cita.

Joe se marchó de allí, y al poco rato llegó la muchacha.

—¿Te han seguido? —preguntó su amigo.

—No —declaró ella—. He tomado un *taxi* y me he detenido ante un local, que tenía dos puertas Le he pagado y le he dicho que estuviera allí durante una hora. Debió creer que huía de mi novio. Luego he salido por la otra puerta y al fin llegué aquí.

Parnell le preguntó, sonriendo:

—¿Qué efecto te hace poseer veinte mil dólares?

Jezabel sonrió a su vez, algo turbada.

—Me hace temblar. Me parece que la policía va a detenerme. Al fin y al cabo, no es dinero honrado.

Bill apoyó su mano sobre la de la muchacha, y agregó:

—Ten en cuenta que tú has perdido tiempo y dinero, colaborando conmigo. Conserva ese dinero como una gratificación del F. B. I. por ayudarle.

La muchacha le miró, sorprendida.

—Me parece que no necesitas que nadie te ayude. Te manejas bastante bien por tu cuenta.

Parnell negó.

—Tu ayuda ha sido inapreciable. Gracias a ti he podido darme a conocer y establecer contacto con quien quería.

Unas toses les hicieron volver a la realidad. Junto a ellos estaba Plastiras, algo nervioso, disponiéndose a encargar el menú.

—Buenos días, amigos.

Se dijo Bill que toda su inquietud se debería al hecho de que el

día anterior salió huyendo, y armó un escándalo en el local. Para el griego, él era un cliente indeseable.

—Hola, Plastiras —dijo el joven—. ¿Qué tienen hoy para comer?

—Lo mejor de la ciudad, como siempre —se inclinó un instante hacia él, añadiendo en voz baja—: La policía ronda aún por aquí.

Parnell se congratuló de haber acertado.

—No se preocupe, viejo —le advirtió—. Hoy no pasará nada. Es que ayer me había dejado la documentación en casa.

Plastiras le miró con cierto resquemor, sonriendo luego de una manera forzada.

—Aquí tienen la minuta. Pueden elegir, mientras la chica les atiende. De todos modos —añadió— ya saben que aquí son bien recibidos.

Bill sonrió, ante este amable embuste. Eran tan bien recibidos allí como lo puede ser un policía en una reunión de carteristas.

—Espere un momento. Plastiras —dijo, al ver que el griego se disponía a marcharse.

Este se volvió. Bill le hizo seña de que se acercara, y el viejo obedeció, apoyando las manos sobre la mesa.

—¿Conoce un restaurante que se llama Logan?

El otro negó con la cabeza.

—Por lo menos, el propietario tiene este nombre.

Plastiras siguió moviendo la cabeza, como si no recordara ninguno.

—Me lo han recomendado —agregó Parnell.

—Pues yo no he oído nunca hablar de él —aseguró el griego—. Y hace muchos años que soy de la profesión. Si existiese alguno en Los Ángeles, ya lo sabría.

Pero Bill ya no le escuchaba. Su mirada se mantenía fija en las manos de Plastiras. En el dorso de la diestra se advertía una amplia y larga cicatriz, y en el dedo índice, que golpeaba rítmicamente la mesa, la luz arrancaba destellos de la esmeralda que adornaba su lujoso anillo.

CAPÍTULO XVII

Bill no podía apartar la mirada de aquella mano que le atraía como un imán. Enseguida reaccionó, alzando la cabeza hacia el griego.

—Es curioso que me hayan hablado de él. No sabía que los californianos fueran tan fantasiosos.

Plastiras sonrió.

—Tal vez esté en el otro extremo de la población. Tal vez sea un restaurante de Hollywood.

Jezabel negó con la cabeza.

—Yo he vivido ahí, y no existe ninguno de ese nombre.

—¿Qué buscaba la policía por aquí?

El griego ocultó las manos detrás de la espalda.

—Parece ser que hay muchos fugitivos por la ciudad, entre ellos Nick Pierangelli. Los van buscando.

Se alejó, saludando con una inclinación de cabeza.

Parnell quedó silencioso, mientras encendía un cigarrillo, y la muchacha encargaba la comida.

Aquella mano era inconfundible. No la olvidaría jamás, y estaba seguro de reconocerla dondequiera que estuviese. No cabía la menor duda de que Plastiras era el misterioso jefe de los falsificadores.

Pero necesitaba demostrarlo. No bastaba aquel detalle para detenerle, entregándole al F.B.I. El propio capitán se negaría a aceptar aquel detenido, y su misión habría fracasado. Si consiguiera obtener alguna prueba, tal como una conversación con Mac Cloyd o algunos documentos, todo cambiaría.

Jezabel le miraba con extrañeza. Bill vio cómo las camareras se acercaban a ellos, sirviendo la comida. Cuando se hubieron alejado de nuevo, Parnell explicó:

—No te preocupes, Jezabel. Creo que vamos por buen camino.

De pronto, se puso en pie, dirigiéndose a la cabina telefónica, y tomó el listín. Buscó el nombre de Plastiras, y halló su dirección. Luego, regresó a la mesa. Siguió comiendo en silencio, ensimismado en sus pensamientos. Comprendía entonces por qué el misterioso jefe de la banda sabía con tanto detalle cuanto ocurrió en el restaurante. Decía que Larsen se lo había referido, pero Nils no conocía tantos detalles como el otro reseñó. Además, era curioso

que el sueco hubiera acudido en su busca poco después del suceso. No cabía duda: Plastiras era el jefe de aquella organización.

Pero debía hallar unas cuantas pruebas en contra suya. Tenía las suficientes en contra de Mac Cloyd, Larsen, Lawford y los dos pistoleros, pero ninguna, en contra del jefe. Este debía poseer algún documento en su casa que le denunciara. Todos los criminales, por precavidos que sean, dejan un cabo suelto que puede recoger la policía. Plastiras no sería distinto de los demás.

Siguió comiendo sin prisas. Jezabel le miraba, pero nada decía. Cuando concluyó la comida, Bill pagó, saliendo de allí. Al llegar junto a la puerta, se volvió, descubriendo a Plastiras que le miraba fijamente. Sonrió, saludándole.

El griego respondió, sin inmutarse.

Bill se encaminó a su hotel, preocupado. En realidad, aquel hombre apacible, de aspecto sonriente, no parecía el más indicado para gobernar la banda de falsificadores que inundaba de billetes todo el país. Aunque sabía que no todos los criminales tenían aspecto de tales, siempre se descubría en ellos algún rasgo o algún gesto que les denunciaba como a seres que vivían al margen de la ley.

Sin embargo, todos los datos coincidían en Plastiras. Una vez en el hotel, Jezabel lo apoyó la mano en el brazo.

—Dime, Nick, ¿qué te ocurre?

—Me parece que he descubierto al jefe de la banda —contestó Bill.

Los hermosos ojos de la muchacha centellearon.

—¿Quién es?

Él la contempló un instante, y luego dijo:

—Plastiras.

Jezabel le miró asombrada.

—¿Ese? ¿Estás seguro?

—Y tanto. Creo que ha engañado a todo el mundo, y hubiera pasado desapercibido.

Las pupilas de la muchacha se posaron, con tierna admiración, en el joven.

—Tan solo a ti no te ha engañado.

—No creas, casi también caí. Todo fue una casualidad.

Le refirió entonces lo que había descubierto, añadiendo:

—He de aclarar el resto cuanto antes.

Jezabel preguntó:

—¿Y cómo vas a hacerlo?

El joven explicó:

—Iré a casa de Plastiras. Entraré con cualquier excusa, y buscaré lo que haya por allí. Si consigo hacerle hablar, lo llevaré directamente al F.B.I.

La muchacha le contempló asustada:

—Ten cuidado. Vas a meterte en la boca del lobo. Si te descubren, te matarán como a mi hermano.

Parnell se encogió de hombros.

—Es parte de mi trabajo, pero no todo el mundo muere. Algunos siguen con vida, y confío en que esto me ocurra a mí.

Tomó el sombrero y montó la pistola, examinándola con atención. Luego, volvió a guardarla, diciendo a Jezabel:

—No abras a nadie, como no sea yo mismo o Joe.

Ella asintió, mirándole con insistencia. El policía se encaminó hacia la puerta, y allí, la muchacha le detuvo de nuevo.

—Buena suerte, Nick. ¿Es ese tu nombre?

Él negó.

—Me llamo Bill.

La muchacha sonrió, apoyando la mano en el brazo del agente.

—Buena suerte, Bill.

Parnell salió, y a pie, se dirigió a la casa del griego. Era preferible esperar, se dije, a que llegara la noche, y tan solo deseaba asegurarse de dónde se encontraba la vivienda de Plastiras, estudiarla y poder trazar un plan de ataque.

Avanzó por una calle amplia, bordeada de viviendas sucias, que se unían entre sí por galerías y por escaleras. En la calzada, por la que de vez en cuando circulaban coches, jugaban al *baseball.*

La calle daba a las afueras de la población, perdiéndose en casas aisladas y en algunas fábricas. Al fin halló la vivienda del griego. Consultó el número que había anotado y juzgó que debía ser aquella misma. Se trataba de un edificio de una sola planta, rodeado de un pequeño jardín en el que crecían unos árboles. Con seguridad tenía un sótano, pues le pareció ver unas ventanillas a la altura de la hierba.

La parte trasera del jardín daba a un edificio que debía ser una fábrica abandonada, pues no se advertía un solo vestigio de vida.

Buscó un teléfono público, y marcó el número de Plastiras. Una voz femenina, preguntó:

—¿Qué desea?

—¿Está Rollo? —inquirió el policía.

—¿Cómo dice? —inquirió la voz.

—Óigame, ¿no es esa la avenida número 5?

—No, se equivoca. Esta es la casa del señor Plastiras, en la calle

Fremont.

Parnell pidió excusas, y colgó el aparato. Había acertado. Luego, regresó al hotel, refiriendo a la muchacha lo sucedido y explicándole que la casa se encontraba en la calle Fremont.

Las horas fueron pasando con lentitud. Parecía que el tiempo deseara retrasarse para impedir que el joven aclarase todo lo que sucedía. Poco a poco, el esplendoroso sol de California fue muriendo, permitiendo que una penumbra rojiza danzara sobre los tejados de la ciudad. Aquella misma luz alumbró los preparativos de los españoles cuando se disponían a fundar la población, el campamento de Fremont cuando esperaba la hora de tomarla por asalto, y las noches atormentadas de Murrieta, cuando vengaba por los campos la muerte de su esposa. Ahora, miles de enamorados se miraban en silencio, gozando de aquel instante, y muchos matrimonios descansaban en su tranquilo hogar del bien ganado reposo, mientras Bill Parnell se disponía a enfrentarse con los enemigos de su patria.

Jezabel le contemplaba, sin hablar. Sabía que aquella era la obligación del joven, pero por primera vez se sentía miedosa.

Al fin, entrada ya la noche, Bill se puso en pie.

—Hasta luego.

Ella le vio marchar, sin poder articular palabra. Segundos más tarde, el agente federal se encontraba en la calle.

CAPÍTULO XVIII

Bill hundió la mano en el bolsillo de la americana, aunque no era allí donde guardaba la pistola. Tan solo conservaba una porra de goma para defenderse de algún ataque, si no le interesaba disparar. Luego, se acarició la sobaquera, en la que enfundaba la pistola que le entregaron en Washington.

Tan solo aquello podía ayudarle. Aquello y la astucia. Avanzó por la calle Fremont. Los faroles del alumbrado público arrancaban destellos del asfalto húmedo, sobre el cual circulaban coches y camiones. Los inevitables grupos de niños seguían jugando su eterno partido de *baseball,* marcando un *home run*[3] tras otro, con la esperanza de llegar algún día a ser nuevos Lou Goerins o nuevos Deazy Deans[4].

Los vecinos le vieron pasar sin fijarse lo más mínimo. Hacía tiempo que dejaron de prestar atención a los hombres que cruzaban por aquella calle, ya que sabían que en muchas ocasiones un exceso de memoria podía traer complicaciones. La policía preguntaba, y luego los maleantes se vengaban en el que respondía.

Algunas muchachas jóvenes, que soñaban con imitar a las estrellas de cine, se dijeron que era un guapo joven el que por allí cruzaba, pero esto fue todo.

Parnell no tenía plan fijo. Sabía que debía entrar en la casa y arrancar a Plastiras la confesión de su delito, pero ignoraba cómo lo haría ni de qué manera podría obligarle a hablar. Debía tener cuidado, pues un paso en falso significaría que toda su labor, con tanto riesgo llevada adelante y con tanta precaución realizada, podía desmoronarse. No bastaba la sospecha de que aquel hombre era el jefe de los falsificadores. Debía hallar el medio de probarlo. Ignoraba también cómo le encontraría y con qué gente tropezaría en su domicilio, pero estaba seguro de que sería una entrevista fácil.

Plastiras era respetado por todos, y nadie le creía un criminal. No tenía por qué protegerse con pistoleros.

Sabía que a aquella hora el griego abandonaba su establecimiento, para dirigirse a su casa y descansar. Hasta más tarde no acudía de nuevo al local.

Acechó las cercanías de la vivienda. Nadie parecía encontrarse allí de guardia. Y se preguntó otra vez cómo orientaría la conversación, de manera que provocase una confesión franca y

clara.

Pero no tenía tiempo de pensarlo, y, además, su mente parecía embotada. Como en muchas otras ocasiones, sabía que hasta que no se encontrara en medio del conflicto, no sabría la manera de salir adelante. Su mejor sistema era improvisar.

Cruzó la calle, y se acercó a la verja, atravesando después el jardín. Llegó ante la puerta de la casa, y pulsó el timbre. Maquinalmente, una de sus manos acarició la porra de goma, mientras la otra palpaba la pistola que pendía de la sobaquera.

Lentamente, la puerta se abrió, apareciendo una mujer en el umbral. Sus cabellos grises enmarcaban un semblante sencillo y sin belleza.

—¿Qué desea?

—Necesito ver a Mr. Plastiras —advirtió el joven.

La mujer, maquinalmente, miró hacia el interior, pero dijo:

—No sé si está. ¿Quién es usted?

—Me llamo Nick, Nick Smith.

La mujer se encaminó hacia el interior. Había dejado la puerta abierta, sin preocuparse de si el visitante pretendía robarles o no. Nada indicaba que se tratara del alojamiento de un criminal a quién persiguiera la policía de todo el país.

Al poco regresó la mujer, indicándole:

—Puede pasar.

Siguió a la sirvienta, por el pasillo. La casa se encontraba amueblada con sencillez, pero ofrecía comodidad. Llegaron a un salón, donde se veían dos sillones. De uno de ellos se alzó Plastiras. Sorprendido, contempló al joven, y no pudo contenerse:

—¿Usted? —Luego, dijo a la sirvienta—: Déjanos solos, María.

Cuando hubieron cerrado la puerta, Bill contempló al griego sonriendo. Este inquirió:

—¿Qué es lo que quiere?

—Pues no es sencillo de explicar, pero me han dicho que es usted quien puede ayudarme.

* * *

Jezabel paseaba inquieta por su habitación. Sabía que estaba actuando en su oficio, pero no podía por menos de sentirse inquieta por la suerte de Bill. Sabía que había salido de allí, encaminándose a una muerte casi segura. De resultar Plastiras el jefe de la banda, muy pocas esperanzas podían quedarle de salir con vida. En caso de ser inocente el griego, todo habría sido inútil.

Le parecía raro llamarle Bill. Como Nick le había conocido, y con este nombre aprendió a quererle. Nunca pensó en revelar su sentimiento, y estaba segura de que para él no significaba más que el auxiliar que le designó el capitán. Cuando aquel asunto concluyera, volverían a separarse, pero ella le seguiría queriendo. Tan solo le quedaría el recuerdo de aquel beso que Nick le dio, como formando parte de su obligación. Encendió un cigarrillo, para distraerse. ¡Qué raros senderos tenía la vid! Unos meses antes, tan solo se preocupaba de su trabajo, que siempre transcurría entre música y escenas graciosas, que luego, al ser proyectadas sobre las blancas pantallas, harían reír a todo el mundo, alejando sus penas por unos instantes. Un día recibió la noticia de la muerte de su hermano, y más tarde decidió vengarle. Desde aquel instante, su vida era una aventura, que ni siquiera los mejores guionistas de Hollywood imaginarían.

De pronto, oyó unos golpes a la puerta y se echó atrás, recordando la advertencia de Bill, de que no abriera a nadie, como no fuese él mismo o Joe. Los golpes continuaron, mientras una voz con acento extranjero, decía:

—¡Abra usted, Jezabel! ¡Soy Joe Dos Santos!



En aquel momento, una voz estentórea gritó:
—¡Alto todo el mundo!

La muchacha obedeció rápidamente, haciéndose a un lado. El policía entró en la habitación, cerrando la puerta a su espalda y preguntó, con ansiedad:

—¿Dónde está Bill?

—Fue a casa de Plastiras. Está seguro de que se trata del jefe de los falsificadores, y quiere hacerle confesar.

Joe, hablando un inglés perfecto, la tomó por los hombros,

interrogando con asombro:

—¿Cómo dice?

Ella, asustada, repitió sus manifestaciones. Joe la soltó, pasándose una mano por la cara.

—Esto es terrible —murmuró. Luego, se volvió hacia ella, inquiriendo—: ¿Tiene usted la dirección de Plastiras?

Jezabel le tendió una cuartilla, en la que había escrito el joven la dirección. Joe tomó nota, y dijo a la muchacha:

—Vaya usted a la oficina del F. B. I. y pida al capitán, de parte mía, que la acompañen a casa de Plastiras. Es muy importante. Vaya todo lo deprisa que pueda.

Jezabel asintió, preguntando entonces:

—¿Pero qué es lo que ocurre?

Joe la contempló un instante y luego dijo, sin alzar la voz:

—Nick Pierangelli, el auténtico, se ha fugado de la prisión.

Jezabel ahogó un grito.

—Es posible que venga hacia aquí, y entonces Bill está perdido —agregó Dos Santos.

Jezabel inquirió, sin creer aun que aquello fuera cierto:

—¿Pero cómo es posible que se haya fugado? ¿No le vigilaban bien?

Joe se encogió de hombros.

—Quizá sea preciso dar las gracias a algunos senadores. El jefe del F. B. I. quería encerrarle en una prisión militar, hasta que concluyera este asunto, pero alguien lo impidió. Dijo que esto era extralimitarse, y fue preciso trasladarle a una prisión civil del Sur. Durante el trayecto o mientras Pegaban allí, consiguió evadirse, y nadie sabe qué ha sido de él. Si llega aquí y se entera de que existe otro hombre que ha usurpado su personalidad, no descansará un solo instante. Acabará matándole.

Jezabel le tomó la mano, e imploró:

—Vaya a salvarle.

—Iré ahora hacia allí, para ver si consigo encontrarle antes de que haya entrado en casa de Plastiras. Si no, intentaré sacarle de ella. Usted vaya a avisar al capitán. Si no está y no le dejan ver al inspector de guardia, dígales que se trata de la tía de Harry. Es la consigna.

Mientras Jezabel se disponía a arreglarse para salir a la calle, Joe salió corriendo de aquel hotel, confiando en que su buena estrella le permitiría ayudar al hombre cuya protección le habían confiado.

CAPÍTULO XIV

Plastiras volvió a preguntar, después de indicarle que se sentara:

—¿Y qué es lo que usted desea?

Bill ocupó una silla, sacó un paquete de cigarrillos, tomó uno ofreciendo otro al griego, que negó, y después de encender, dijo:

—Necesito salir del país.

El griego parpadeó ligeramente.

—¿Cree que yo puedo ayudarle?

Su actitud no era clara. Tanto podía ser la de un hombre molesto por una proposición que en nada le atañía, como la de quien oye una noticia contraria a sus intereses.

Bill sonrió.

—Me han dicho que tiene usted muchos amigos en todas partes, e incluso entre los «pies planos». Necesito una documentación falsa.

—¿Es que acaso no tiene ya una? —preguntó Plastiras.

Bill se puso en pie, acercándose a su interlocutor.

—¿Cómo sabe que tengo una? ¿Quién se lo ha dicho?

En las pupilas del griego resplandeció una luz, que semejaba una amenaza. Sonrió, como si quisiera disculparse, y respondió:

—Esta mañana me dijo que poseía documentación.

Parnell negó con la cabeza.

—No me sirve. Alguien podrá emplearla, y yo estoy dispuesto a vendérsela a usted. A cambio de ella, puede proporcionarme otra. También necesitó dinero, pero no quiero billetes falsos.

Plastiras inquirió:

—¿Y por qué he de dárselos?

Parnell se encogió de hombros.

—Hay muchos por la ciudad. Cualquiera está expuesto a ello.

El griego hizo un gesto de contrariedad.

—Quiero saber por qué le he de ayudar.

—Ya le he dicho que le propongo un negocio. Mi documentación que está en regla, a cambio de una nueva. Y para obtener el dinero le venderé otra cosa, que lo valdrá.

Plastiras comenzó a pasear por la habitación, Bill le contemplaba en silencio. ¿Qué pensamientos germinarían en aquella mente que tan solo fraguaba el mal? Hubiera dado un brazo por saberlo.

En aquel momento, la sirvienta entró, hablando en voz baja al

griego. Este asintió, diciendo a Bill:

—Disculpe. Es solo un momento.

Salió de la habitación, dejando solo a Parnell. Este se preguntó qué era lo que podía haber ocurrido. Suponía que la inesperada salida, nada bueno auguraba. De improviso, regresó el griego. Sonreía, tranquilamente, como si se encontrara en la mejor de las disposiciones. Se acercó a Bill, diciéndole, mientras le palmeaba la espalda:

—Bueno. Haremos ese trabajo. Vamos a un lugar donde le harán la documentación nueva. ¿Qué es lo que va a venderme?

—Una joya y una noticia.

—Bien, bien. Eso vendrá mañana. Ahora, venga conmigo.

Bill salió, sin sentirse demasiado tranquilo. En el pasillo se disponía a dirigirse a la puerta, cuando de improviso aparecieron Mac Cloyd y Lawford.

—Hola, Nick.

El joven sonrió. Aquella era la prueba que necesitaba para condenar a Plastiras. Miró a los dos bandidos, y saludó a su vez:

—Hola, muchachos.

Mac Cloyd indagó:

—¿De modo que no estás contento con nosotros, y quieres marcharte?

Parnell sintió un estremecimiento, pero se mantuvo firme.

—Estoy demasiado fichado por los «pies planos» y creo que es mejor salir de aquí.

Plastiras advirtió:

—Basta de charla, y vengan conmigo. Ahora arreglaremos todo esto.

Por un instante, Bill sintió la tentación de empuñar el arma y detenerles a todos, pero se contuvo. Quizá pudiera averiguar muchas otras cosas Salieron a la calle, encaminándose hacia el edificio de la fábrica. Esta seguía solitaria y a oscuras, pero Parnell tuvo el convencimiento de que allí iba a averiguarlo todo.

Plastiras abrió una puerta, y a través de un sucio corredor llegaron a la nave principal, que se veía iluminada por una lámpara eléctrica. Viejas maquinarias, como de una fundición, se alzaban aun, pero tan solo dos hombres se encontraban en el centro. Uno de ellos era Larsen. El otro era un hombre joven y musculoso, de elevada estatura, semblante moreno y expresión atravesada.

Mac Cloyd le tendió la mano, y saludó:

—Hola, Nick. Te presento a nuestro amigo Plastiras—. Luego, se volvió al griego—: Este es Nick Pierangelli—. Señaló a Parnell, y

dijo—: Este otro también es Nick Pierangelli.

Bill se estremeció de nuevo, y exclamó:

—¿Estás bromeando?

Quizá fuera una última prueba, pero no lo creía posible. El pretendido criminal dio un paso al frente, y declaró, con voz grave:

—Yo soy Nick Pierangelli. ¿Quieres que te retuerza el cuello para convencerte?

Bill comprendió que estaba perdido, y echó mano a la pistola, pero en aquel preciso instante, dos hombres saltaron sobre él, inmovilizándole, y Lawford le encañonó con el arma. Le quitaron la «Lugger» y la porra de goma.

Plastiras sonrió.

—¿Eres de los federales, verdad, imbécil?

Parnell no respondió, y Lawford le largó una bofetada. El griego dijo a los demás:

—Ya podéis soltarle, que es seguro que hablará—. Luego, indicó a Pierangelli—: Cuéntanos tu historia.

Nick encendió un cigarro, y manifestó:

—Me trasladaron a una prisión del Sur. Tan solo había negros y rateros. Un día leí un periódico en el que se hablaba de mi permanencia en Los Ángeles, y decidí escaparme. Era fácil. Lo conseguí, y me vine hacia aquí. Recordaba a Mac Cloyd, a pesar de que tan solo había hablado una vez con él. Fui a buscarle, y le expliqué lo sucedido.

Plastiras miró a Larsen.

—Parece que nos proporcionaste una buena ayuda.

Nils palideció.

—Todos, incluso Mac Cloyd, creían que era Pierangelli.

El griego volvió a dirigirse a Bill:

—Contesta, ¿eres de la federal?

Parnell le miró, sonriendo.

—Soy Blanca Nieves. Y pronto vendrán los Siete Enanitos.

Plastiras le asestó una bofetada, y antes de que pudiera responder el joven, dos hombres le sujetaron por la espalda, al tiempo que Lawford le golpeaba con saña. Bill apretó los dientes para contener los gritos de dolor que pugnaban por escaparse de sus labios.

Plastiras hizo una seña, y Lawford se detuvo. El griego inquirió de nuevo:

—¿Eres policía?

Bill no respondió. Respiraba con dificultad. Los golpes le dolían mucho, pero aun le mortificaba más el hecho de que le pegaran sin

que pudiera defenderse.

—¡Habla! ¿Quién eres? —insistió Plastiras.

Bill sonrió:

—Ya te lo dije. Soy Blanca Nieves.

Lawford le asestó otro golpe, que hizo tambalearse al policía. O'Kelly, que era uno de los que le sujetó por la espalda, le dirigió un derechazo a la mandíbula. Parnell cayó al suelo, incorporándose al instante. Plastiras le preguntó entonces:

—¿Vas a contestarme?

Pierangelli intervino:

—Yo me encargaré de él. Va a durar muy poco. Pero el griego negó con la cabeza.

—Es preciso que confiese qué es lo que estaba haciendo, y si nos han seguido muchas veces.

Lawford le golpeó de nuevo, mientras O'Kelly le asestaba golpes por la espalda. Plastiras seguía preguntando:

—¿Eres policía?

—No —respondió Bill—. Soy Blanca Nieves.

En aquel momento, una voz estentórea gritó:

—¡Alto todo el mundo!

Plastiras se volvió, indagando:

—¿Quién es?

Joe, en el umbral, les encañonaba con una pistola, y contestó:

—Soy uno de los Siete Enanitos.

CAPÍTULO XX

Joe avanzó, ordenando a los que sujetaban a Bill:

—Soltadle.

O'Kelly y Brown obedecieron, mientras Lawford se apartaba con las manos en alto. Parnell respiró aliviado, y arrebató la pistola a uno de ellos. Rápidamente se reunió con Joe. Este sonrió, diciendo:

—Parece que he llegado a tiempo.

Nick Pierangelli dio un paso hacia adelante, exclamando:

—¡De nada os valdrá, perros policías! ¡Os mataré a los dos!

Bill dijo entonces, manteniendo en alto la pistola:

—Quedáis todos detenidos en nombre de la ley.

Los siete hombres alzaron las manos, algo estupefactos. No comprendían la serenidad de Bill. Este preguntó:

—¿Fuiste tú, Larsen, quien mató a John O'Brien?

Larsen negó.

—Logan le citó, para tratar un asunto que nos interesaba, y O'Brien huyó. Fue O'Kelly quien hizo los disparos.

El irlandés comenzó a protestar, pero Parnell comprendió que quedaban aclarados ya todos los misterios.

De improviso, Joe gritó, dándole un empellón:

—¡Cuidado!

Bill dio un traspié, al tiempo que restallaba una detonación, y una bala pasaba silbando por encima de su hombro. Dos Santos se volvió con presteza, y disparó sobre un hombre que aparecía en el umbral. Este se derrumbó, soltando el arma, pero ya los siete detenidos empuñaban sus pistolas.

Pierangelli comenzó a disparar, Sabían los dos policías que si permanecían en aquel lugar iban a matarles, de manera que echaron a correr.

Oyeron entonces la voz de Plastiras, que gritaba:

—¡Detenedles! ¡Que no se escapen!

Bill oyó algunos disparos a su espalda, y se agachó para eludir los proyectiles. Vio ante él la escalera metálica que conducía a la parte alta de la vieja maquinaria.

—¡Arriba, Joe!

Escalaron los peldaños a toda prisa. Abajo seguían disparando los forajidos. Una vez en las plataformas y en las pasarelas metálicas, Bill y Joe corrieron a ocultarse tras una chimenea.

Plastiras era el único que no iba armado. Larsen temblaba sosteniendo una pistola. Pero todos los demás esgrimían sus armas, disponiéndose a acabar con ellos.

Bill oprimió el gatillo. Brown se dobló sobre sí mismo, soltando el arma que empuñaba. Sus gritos de dolor se alzaron en el silencio de la nave.

Era preciso mantenerles a raya. Joe advirtió a su amigo:

—Jezabel ha ido a buscar al capitán. Esperemos que lleguen a tiempo.

Los bandidos se dispersaban para evitar los disparos de los dos agentes, y también para acorralarlos. Larsen se acercó a Plastiras.

—Más vale que huyamos y les dejemos aquí.

El griego se opuso.

—Nunca estaríamos tranquilos. Siempre esperaríamos la llegada de esos dos «polis».

Pierangelli y Mac Cloyd avanzaban hacia una de las escalerillas, mientras Lawford y O'Kelly se dirigían hacia la otra. Bill informó a su compañero:

—Es preciso buscar otro lugar para defenderse. Aquí nos pueden cercar.

Joe asintió, alzando la pistola y oprimiendo el gatillo. O'Kelly se lanzó al suelo, al tiempo que Lawford se pegaba contra la escalerilla.

Bill disparó sobre los que subían hacia él. Pierangelli dio un salto, dejando solo a Mac Cloyd, que cayó sobre los peldaños, quejándose con grandes gritos. En la amplia bóveda de la nave resonaban las detonaciones de las armas.

Parnell indicó a su amigo:

—Vámonos. Es preciso entretenerles hasta que lleguen los demás.

Echaron a correr por la pasarela, encaminándose hacia el extremo opuesto. Abajo, Plastiras se reunía con sus secuaces. Habían transportado al escocés y a Brown hacia un lado, para que no entorpeciesen sus movimientos. El griego advirtió:

—Nada conseguiremos si avanzamos hacia ellos cara a cara. Son buenos tiradores, y están dispuestos a cualquier cosa. Más vale, que deis la vuelta y subáis por la otra escala, de manera que os encontraréis sobre las pasarelas sin que ellos se den cuenta.

Los hombres asintieron y se dirigieron hacia el lugar que les indicara el griego.

Bill y Joe permanecían agazapados tras un horno, sosteniendo las pistolas. El enemigo no aparecía. Un silencio pesado se extendía

por la nave, interrumpido tan solo por débiles lamentos de Mac Cloyd y de Brown. Nada se oía. Ni una pisada, ni un murmullo.

Los dos amigos se mantuvieron inmóviles. Sabían que los nervios jugaban allí un papel importantísimo. Únicamente la suerte y la serenidad podían salvarles y dar tiempo a que los policías llegaran con Jezabel.

De improviso, Joe murmuró, en voz bajísima:

—¿No has oído?

Bill alzó la cabeza. No estaba seguro de si había sucedido, pero semejaba el roce de un pie sobre alguna barra de hierro. De nuevo pareció oírlo, y se volvió con presteza.

A cierta distancia, por la espalda, avanzaba Larsen, empuñando una pistola. Bill accionó su arma, que retumbó, en un rápido tableteo, en el silencio de la nave. Larsen comenzó a gritar, y agitó los brazos en el aire. Luego, se dobló hacia adelante, cayendo por encima de la barandilla de la pasarela, rebotando a los pies de Plastiras. Este se mostraba nervioso. Quizá convendría avisar a los muchachos que trabajaban en la imprenta. Tomó un teléfono interior, y dijo:

—Venid aquí.

Joe, cuando Bill disparó, se volvió a su vez, para buscar a un enemigo. Un balazo cayó a sus pies, obligándole a apartarse. Alzó la cabeza y vio a Lawford, inmóvil en la plataforma superior, que le encañonaba con su revólver. Dos Santos disparo hacia él, pero el bandido se hizo a un lado.

Joe se mantuvo inmóvil, esperando la ocasión de herirle. Pero el otro tampoco se exponía. Avanzó en cuclillas hacia el otro lado de la pasarela, y esgrimió el arma, Era preciso descubrir a aquel asesino.

Bill se había puesto en pie, cuando un balazo silbó junto a su oído. Se volvió con presteza, y vio una figura que se ocultaba tras la chimenea. Avanzó con precaución. Había podido reconocer a Nick Pierangelli, que acechaba con intención de matarle.

Parnell avanzó con gran precaución, manteniendo el arma en alto. Las chimeneas y los hornos que se alzaban, junto con otras máquinas, en el centro de la nave, ocultaban de trecho en trecho gran parte de las pasarelas, de forma que dos hombres podían buscarse entre ellas, sin manera de verse.

El joven fue avanzando con mucha cautela. Un descuido, no solo significaba la muerte, sino que era la sentencia de Joe, que quedaría solo ante el enemigo, y los falsificadores lograrían huir, continuando su carrera de crímenes.

Bill vio de improviso que Nick Pierangelli se asomaba con gran

cuidado por detrás de su refugio, y rápidamente oprimió el gatillo de su arma. Ya no quedaba la esperanza de detenerles. Era preciso acabar con ellos, aunque hubiera que renunciar a descubrir sus delitos.

El balazo rebotó en la chimenea, mientras Nick se ocultaba de nuevo. Un sexto sentido hizo a Bill tenderse al suelo. Pierangelli disparó sin mirar, fiando en su habilidad de tirador. La baja pasó inofensivamente por encima de la cabeza del joven. Rápidamente, volvió a levantarse el policía, y corrió al encuentro del bandido.

Se pegó a la chimenea y quedó inmóvil. El uno junto al otro, separados por el metal, los dos adversarios aguardaron el momento de matarse.

Mientras, Lawford avanzaba por la pasarela superior. Había visto a Bill Parnell que avanzaba hacia Nick, y creyó fácil matarle. Se situó en un ángulo de la pasarela, desde donde dominaba con facilidad a su enemigo. Se arrodilló para no fallar el disparo, y sostuvo el arma con las dos manos.

Joe había avanzado, buscando la ocasión de matar a su rival, pero no le veía. Marchaba con el arma en la mano, buscando el momento de disparar sobre él. En aquel preciso instante, pudo distinguirle, arrodillado sobre la pasarela, apuntando con la pistola hacia un lugar que no podía distinguir. Rápidamente, alzó el arma e hizo fuego repetidas veces. Vio como la figura de Lawford se inclinaba hacia adelante, estremeciéndose por los impactos, y luego se precipitó hacia abajo.

Un gran barullo en la planta atrajo la atención de Joe, que vio cómo un tropel de hombres irrumpía en la nave. Serían diez o doce, e iban armados. Su aspecto les delataba como a forajidos, y oyó como Plastiras decía:

—¡Rápido! ¡Ahí arriba están los policías!

EPÍLOGO

Joe apretó los dientes, don desesperación. Estaban acorralados, y no tenían salvación. Los falsificadores huirían de allí, dirigiéndose hacia otra parte del país y continuando sus fechorías.

Los maleantes corrieron, impetuosamente hacia las escaleras, pedo en aquel preciso momento se oyó una voz estentórea que ordenaba:

—¡Quietos todos, en nombre de la ley!

Joe volvió a mirar liaría abajo, y pudo ver al capitán del F.B.I., que al frente de varios agentes armados de pistolas y ametralladoras, entraba a su vez en la nave. Una alegría salvaje le invadió.

Un policía encañonó a Plastiras, colocándole las esposas. Luego, los demás se lanzaron en persecución de los bandidos. Estos se volvieron, esgrimiendo sus armas. Sabían que no tenían salvación, y comenzaron a disparar.

Un agenté federal se tambaleó, cayendo al suelo, pero los demás alzaron a su vez las armas. Tabletearon las ametralladoras, mientras las pistolas hacían restallar sus ladridos de muerte.

Varios falsificadores cayeron como peleles de las escaleras, soltando las armas. Otros corrían hacía arriba, hacia el único camino que parecía ofrecérseles.

Joe comenzó a disparar sobre ellos procurando cortarles la retirada, mientras los federales hacían lo propio desde abajo.

Uno de los falsificadores se dobló sobre sí mismo, cayendo sobre los peldaños. Otro tropezó con él cerrando momentáneamente el camino. Joe comprendió al instante la situación, e hizo fuego sobre él. Ya no se movió el bandido. Los demás se disponían a saltar por encima de ellos, pero las ametralladoras federales les segaban con rapidez.

Al fin unos cuantos alzaron las manos, rindiéndose. El capitán ordenó:

—¡Alto el fuego!

Los agentes no dispararon, pero no bajaron las armas. Los falsificadores que conservaban la vida avanzaron hacia ellos, con las manos en alto.

Joe bajó tras ellos. El capitán corrió a su encuentro:

—¿Dónde está Parnell?

Dos Santos volvió la cabeza, asombrado.

—¿Dónde está? —repitió.

Bill seguía inmóvil junto a la chimenea, tras la cual se ocultaba Nick Pierangelli. Sabía que era el único que se había mantenido con vida, y esperaba la ocasión para detenerle.

Nick no se movía, confiando en su suerte para salvarse. Creía que los policías iban a abandonar la fábrica, olvidándose de él, y que luego lograría huir de allí. Fuera como fuera, no estaba dispuesto a que le mandaran de nuevo a presidio.

Lentamente, comenzó a retroceder, para que no le vieran. Era preciso salvarse, apelando a la astucia. De improviso, recordó al policía que había estado a punto de matarle, aquel que le suplantó. Apretó los dientes con fiereza. Si era preciso, también estaba dispuesto a morir matando.

Contemplé la escena que abajo se desarrollaba.

Los policías detenían a los supervivientes de la reyerta, y recogían a los heridos. Con gran precaución, el bandido avanzó, pegándose a la chimenea. No lejos, un horno ofrecía protección. Tomó impulso y echó a correr, dirigiéndose allí.

Bill le vio pasar, y disparó, pero la bala no pudo alcanzarle. Los policías alzaron la cabeza, y uno de ellos preguntó:

—Parnell: ¿estás bien?

El joven contestó afirmativamente, añadiendo:

—Está aquí Nick Pierangelli. Voy a detenerle.

El italiano gritó, exasperado:

—¡No me atraparéis con vida!

Bill se detuvo junto a la chimenea, antes de lanzarse sobre el otro. Oyó como el capitán decía:

—Que nadie dispare. Podemos alcanzar a Parnell.

Sabía Bill que era preciso dirigirse hacia el horno, exponiéndose a las balas del bandido, y qué este se encontraba bien parapetado. Pero era preciso intentarlo.

Aspiró hondo, y se dispuso a avanzar. Casi al mismo tiempo, pudo ver cómo el bandido salía de su refugio, y echaba a correr. Había oído también la recomendación del capitán, indicando que no hicieran fuego, y se creía seguro. Bill disparó sobre el fugitivo. Vio como este tropezaba, soltando el arma. Rápidamente, Parnell enfundó la pistola y echó a correr a su encuentro.

Nick se había puesto en pie. La bala no le había privado de las fuerzas, pero perdió la pistola.

Bill se colocó ante él, ordenándole:

—Entrégate en nombre de la Ley.

Pierangelli se lanzó, ciego de furor, sobre su rival.

Entonces comprendió Bill la terrible equivocación de haber enfundado el arma, poro ya era tarde para empuñarla. Paró el golpe de su enemigo, y replicó con un terrible izquierdazo. Nick lanzó un gemido y se tambaleó, pero de nuevo volvió a la carga. Bill le detuvo en seco, disparando sus puños, rápidos y certeros como dos pistones, sobre las quijadas del criminal. Pierangelli se echó hacia atrás, y entonces Bill le golpeó de nuevo. El bandido logró esquivar el puñetazo, pero no pudo evitar que el puño de su enemigo le rozara el hombro.

Lanzó un grito de dolor el italiano, al sentir magullada la herida. Parnell se lanzó de nuevo al ataque. Disparó sus puños sobre los hombros de su adversario, obligándole a aullar de dolor. Nick se tambaleó, cayendo al suelo. Bill se arrodilló junto a él, para, ponerle las esposas, pero Pierangelli era un enemigo más peligroso de lo que suponía. Aun tuvo fuerzas para rehacerse y empujarle hacia el borde de la pasarela.

Bill consiguió sujetarse a la baranda, y con la mano libre, a punto de ser derribado desde una considerable altura, contuvo las acometidas de su rival. Sin embargo, sabía que no podría defenderse mucho tiempo, ni aguardar que subieran los agentes a salvarle.

Alzó la pierna, y disparó un terrible puntapié, que fue a parar al pedio de Nick. Pierangelli abrió la boca, buscando el aire que le faltaba. Bill aprovechó el momento para descargar un recio golpe sobre la nuca de su rival, que perdió el sentido. Entonces, gritó a sus compañeros:

—Venid a buscarle.

Descendió abajo, donde los policías corrieron a felicitarle. El capitán sonrió:

—Buen trabajo, Parnell. Ha conseguido acabar con todos. Plastiras nos dirá quiénes eran sus representantes en las demás ciudades.

Parnell sonrió a su vez.

—Llegó usted a tiempo, capitán. Pero el mérito no os solo mío. Joe consiguió evitar que me mataran, y les envió recado a ustedes. La señorita O’Brien también es un valioso auxiliar.

El capitán sonrió de nuevo.

—A propósito de *Miss* O’Brien. Está afuera, en un coche. No hubo manera de evitar que nos acompañara. Se encuentra muy preocupada por usted.

Bill, sin despedirse de nadie, echó a correr hacia la calle. Joe y el capitán se miraron maliciosamente. Entonces, Dos Santos se volvió a Plastiras:

—Hay algo que quisiera saber. ¿Quién entregó los billetes falsos en Hungtinton? La casa estaba deshabitada.

El griego se encogió de hombros.

—Lo diré. Ya nada puede perjudicarnos más. El vecino recién casado.

Joe abrió la boca, estupefacto.

—¡Quién iba a creerlo de «Pichoncito»!

Bill había salido de la fábrica y se acercaba al coche, junto al que montaba guardia un policía. El semblante de Jezabel asomó a la ventanilla.

—¡Bill!

Parnell indicó al guardia:

—Puede retirarse.

Luego, entró en el vehículo. La muchacha le contemplaba sonriendo, pero aun dominada por la inquietud.

—Ha pasado mucho miedo, Bill —manifestó.

—Todo ha terminado bien, gracias a ti —dijo el joven. Sabía que para ella tan solo había sido un compañero de lucha. Agregó, acallando sus sentimientos—: Te debo la vida, porque si no hubieras actuado a tiempo, me habrían matado.

—Yo no hice más que cumplir con mi deber —explicó ella.

Parnell apartó la vista de la muchacha y miró hacia el parabrisas del coche, encendiendo un cigarrillo. Se encontraban solos en el interior del vehículo, sin más luz que la del alumbrado público, cuyo resplandor les iluminaba débilmente. Jamás creyó Bill que se encontraría a solas junto a una muchacha tan hermosa como aquella, sin intentar abrazarla. Pero no debía ofenderla.

—Lo comprendo —murmuró—. A ti tan solo te interesaba vengar a tu hermano.

Ella no respondió. Y Bill prefería no mirarla, pues no hubiera podido resistir la tentación de besarla, y suponía que aun mortificaba a Jezabel el recuerdo de aquella fiesta en casa de Angus, en que no tuvo más remedio que hacerlo. La voz de la muchacha sonó algo turbada en sus oídos:

—No es eso. Yo…

Parnell atajó, sin volver la cabeza hacia ella:

—No es necesario que disimules. Sé que nada puedo representar para ti, y que únicamente seré el recuerdo de la época en que vengaste a tu hermano. Solo te pido que cuando te cases, me

recuerdes de vez en cuando.

Jezabel guardaba silencio, Una atmósfera de malestar pesaba sobre el coche. Bill arrojó el cigarrillo por la ventanilla, y casi al mismo tiempo tomó otro.

Jezabel le ofreció fuego. Parnell exhaló una bocinada de humo, y dijo:

—Partiré esta misma noche para Washington.

—¿Tan pronto?

—Tengo ganas de descansar, y aquí no hay nadie que… Bueno, que…

—Muchas gracias. Eres muy amable.

Parnell deseó que algún malhechor apareciera disparando, para poder salir de aquel atolladero.

—Tarde o templario debíamos separarnos —dijo, examinando con curiosidad la calle desierta—. Es lo mismo que sea esta noche.

¿Por qué no decía algo aquella muchacha? Casi no podía soportar su silencio. Se pasó el dedo por el cuello, y añadió:

—Te recordaré siempre. Jezabel, como a la mejor de las mujeres. Eres la más valiente, la más guapa y la… la mejor.

—Repítelo. Nick.

Parnell se volvió sorprendido hacia ella.

—¿Nick?

Jezabel abatió la vista, y murmuró:

—Así te he llamado siempre, cuando estaba sola. Asombrado, el policía repitió:

—¿Cuándo estabas sola?

Jezabel se volvió, furiosa, hacia el agente.

—¡Bill! ¡Bill! ¡Irlandés cabezota! ¿Es que no te has dado cuenta de que yo te quiero? Ya sé que una muchacha no debiera decirlo, pero me exaspera tu actitud.

Mientras la muchacha iba hablando, Bill arrojó el nuevo cigarrillo y se inclinó hacia Jezabel. La muchacha decía:

—Creo que te quise desde que pegaste al boxeador. Pero ya sé que no impartan mis sentimientos. Regresarás a Washington y continuarás divirtiéndote, mientras yo…

Pero no se supo lo que le iba a ocurrir a ella, pues Bill le cerró la boca con un ardiente beso. Jezabel cerró sus manitas sobre los amplios hombros del policía, y susurró:

—¡Nick, querido…!

Más tarde, cuando Joe y el capitán salieron a la calle, Dos Santos se acercó al coche, inclinándose hacia la ventanilla.

—¿Cómo va eso?

Los dos enamorados le contemplaron sonriendo, sin deshacer su abrazo. Parnell preguntó a su vez:

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

—No. ¿Por qué?

—¿Te importaría ser testigo de nuestra, boda? Debemos partir para Washington en el tren de la madrugada.

FIN

Colección S. SECRETO

Ultimos títulos publicados

45. — Los diablos de Wakefield. *Kent Miller.*
46. — Asesinatos el el Estadio. *Peter Debry.*
47. — El soplo de la muerte. *Jack Grey.*
48. — La implacable amenaza. *Tony Wanton.*
49. — Una pista difícil. *Jack Grey.*
50. — Obscuro dominio. *Tony Wanton.*
51. — ¡Sabotaje! *Kent Miller.*
52 — La muerte lenta. *Peter Debry.*
53. — Operación «la negra». *Fred Gorhan.*
54. — Platillos volantes. *Peter Debry.*
55. — Bautismo de fuego. *Kent Miller.*
56. — Aviones sin rumbo. *Peter Debry.*
57. — Un loco en la sombra. *A. Rolcest.*
58. — El encapuchado gris. *Jack Grey.*
59. — La tela de araña. *Kent Miller.*
60. — La operación «Greif». *A. Rolcest.*
61. — Sabotaje en Persia. *John L. Martin.*
62. — Secuestros en Nueva York. *Fred Gorhan.*
63. — La maraña sangrienta. *Jack Grey.*
64. — El vampiro de Brooklyn. *Peter Debry.*
65. — Tráfico criminal. *Kent Miller.*
66. — Cadáveres ambulantes. *Peter Debry.*
67 — Tanques para Tobruck. *Ernie Parker.*

Colección BISONTE

Últimos títulos publicados

181. — El sabueso de Texas. *Raf Segrram.*
182. — Buscando fama. *Peter Doom.*
183. — Un buen amigo. *Raf Segrram.*
184. — Un tejano en Road Creek. *Orland Garr.*
185. — Razones de plomo. *M. L. Estefanía.*
186. — La oveja negra. *Raf Segrram.*
187. — Persecución a muerte. *Fidel Prado.*
188. — En el cubil de la fiera. *Alone Gregory.*
189. — La frontera peligrosa. *Fidel Prado*
190. — El espectro de la cabaña. *Preston Slathery.*
191. — Caprichos del destino. *Fidel Prado.*
192. — El pasado de un hombre. *J. de Cárdenas*
193. — El infalible. *Raf Segrram.*
194. — La capitana. *Fidel Prado.*
195. — La banda de «el negro». *Raf Segrram.*
106. — ¡Aquel forastero! *Tex Taylor.*
197. — La última pelea. *Edward A. Swareth.*
198. — Hombres malos. *Joe Bennett.*
199. — De la misma sangre. *Peter Doom.*
200. — Río perezoso. *Joe Bennett.*
201. — Los diablos rojos. *Fidel Prado.*
202. — De Kansas a Virginia City *M. L. Estefanía.*
203. — De poder a poder. *Raf Segrram.*

Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION
PIMPINELA

Núm. 263 - L. Masota
- ALMA EN SILENCIO

Núm. 264 - Trini de Figueroa
- DESDE AQUEL BESO

Núm. 265 - Desabel
- AMOR PASADO POR AGUA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
ROSAURA

Núm. 103 - Cristina Luján
- UNA SOMBRA ENTRE LOS DOS

Núm. 104 - María Teresa Largo
- TE CONQUISTARE

Núm. 105 - Maria Lar
- ENTRE DOS CAMINOS

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
MADREPERLA

Núm. 159 - Isabel Salueña
- EN BUSCA DE LA FELICIDAD

Núm. 160 - Sergio Duval
- AVES SIN NIDO

Núm. 161 - María Adela Durango
- EL HUESPED DEL CASTILLO DUNTHEY

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
BISONTE

Núm. 204 - Henry James
- PLOMO EN EL VALLE

Núm. 205 - Fidel Prado
- EL MISTERIOSO STOKEY

Núm. 206 - Raf Segrram
- EL HOMBRE QUE NO PERDONA

APARICION SEMANAL. PRECIO 4 PTS.



COLECCION
SERVICIO SECRETO

Núm. 67 - Enrie Parker
- TANQUES PARA TOBRUK

Núm. 68 - J. Dixon
- REMITENTE, LOS ANGELES

Núm. 69 - Peter Debry
- GONGO KONG

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
AUTORES FAMOSOS

Núm. 22 - Zane Grey
- CAZADOR DE CIERVOS

Núm. 23 - Clem Yore
- JUSTICIA DEL GATILLO

Núm. 24 - Zane Grey
- LEONES EN EL GRAN CAÑON

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTS.

■ Ultimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 pts.

Notas

[←1]

Lobo; Nombre que se da en Hollywood, y en todo Los Ángeles a los conquistadores vulgares.

[←2]

Apodo que se da a los policías en América.

[←3]

Home-run: *Tanto que se marca en el* baseball. *Cada vez que un jugador da una vuelta completa al campo, pasando por todas las bases, hace uno de ellos*.

[←4]

Populares jugadores de baseball.